

1.972.08

593a

985

ROBERT MANNING STROZGER
LIBRARY



CHAMPAIGN, ILLINOIS

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

PRAXEDIS G.
GUERREIRO

ROBERT MANNING STROZIER
LIBRARY



TALLAHASSEE, FLORIDA



PRAXEDIS G.
GUERRERO



MEXICO

Carlos Mota

DICTADURA Y REVOLUCION

POR LUIS FABBRI

Pocos acontecimientos en la evolución de las luchas sociales han producido una conmoción tan honda, en las conciencias y en el movimiento de las ideas, como la Revolución rusa. Su resplandor iluminó al mundo en una hora extraordinariamente sangrienta y desesperante de la Historia. Las doctrinas que ella proclamara y los organismos forjados a su calor han dejado profunda huella en el pensamiento de todas las tendencias revolucionarias. Su éxito momentáneo y su ruinoso fracaso ulterior constituyen hoy una de las enseñanzas más valiosas que haya recibido el proletariado para el buen destino de los movimientos sociales del porvenir. Y ha sido precisamente una de las preocupaciones capitales de la EDITORIAL ARGONAUTA la de dilucidar esas enseñanzas a tal fin han respondido, entre otros, los folletos publicados de Rodolfo Rocker y Luis Fabbri.

Pero de todas las ideas removidas por la obra de los revolucionarios rusos ninguna ha provocado tan acerba discusión, ninguna, podría decirse, ha sido tan fecunda en su trágica realización como la concerniente al rol del Estado en la revolución social. Inició Lenin este combate de ideas con su conocido libro "El Estado y la Revolución," escrito antes de los acontecimientos de noviembre de 1917; inconclusa la obra doctrinaria, ella ha tenido sin embargo un magnifico coronamiento con la implantación de la llamada "dictadura del proletariado," con el mismo Lenin a la cabeza. La una y la otra—la doctrina y la realización—dieron lugar a una ruidosa polémica de varios años. Ahora, acallada ya la gritería en la situación enervante en que se debate el proletariado mundial—como estela que ha dejado el bolshévismo de su paso por el mundo,—viene en el momento más oportuno el libro de Luis Fabbri a cerrar la discusión con extraordinario vigor, estilo lúcido y esa rigurosa preparación histórica que le es característica.

Largamente meditado, como que es el fruto maduro de una descollante actuación de muchos años, el libro de Fabbri apareció en italiano recién a fines de 1921, después de vencer un sinnúmero de dificultades. Traducido de inmediato para nuestra edición castellana, debió ser publicado principios de 1922. Pero enterado el autor de estos propósitos en su oportunidad, consideró necesario efectuar una revisión general de la obra hecha especialmente para su publicación por la EDITORIAL ARGONAUTA, volviendo a escribir así varios capítulos, corrigiendo cuidadosamente los restantes y agregando los datos e informaciones que ponen el libro al día. Lo que vale decir—ya que el ciclo evolutivo de la Revolución rusa ha terminado momentánea-

PRAXEDIS G. GUERRERO

EDICION DEL GRUPO CULTURAL "RICARDO FLORES MAGON"

PRAXEDIS C. GUERRERO

ARTICULOS LITERARIOS
Y DE COMBATE: PENSAMIENTOS: CRONICAS REVOLUCIONARIAS, ETC.

MEXICO, D. F.

1924

APARTADO POSTAL NUMERO 1563

C. 972-20
G. 93
1983

PRAXEDIS G. GUERRERO

La labor revolucionaria de este gran rebelde es imposible presentarla con el acopio trunca que obra en poder del Grupo Editor.

El hecho es que desde 1905, en que abrazara en los campos mineros de Arizona la causa de la Libertad, hasta su muerte, fué una continua actividad.

Como obrero, como escritor y organizador frente a los batallones del tirano Porfirio Díaz, fué el primero de ese lustro (1905-1910) que, dió el grito ¡Tierra y Libertad! en la llamada República Mexicana.

Editor de "Punto Rojo," impulsó la Revolución. Colaboró en "Revolución" y "Regeneración" y, llegado el momento, con un puñado de valientes se levantaba en armas contra el sistema. La suerte le fué adversa. Y su muerte en la batalla le abrió las puertas de la Inmortalidad.

Sus escritos, sus soberbios pensamientos, sus crónicas históricas de las jornadas de la Revolución, sus denuncias del venenoso maderismo y una serie de luminosos artículos fueron publicados en la Prensa libertaria de la época.

Parte de esta obra revolucionaria, repleta de datos históricos interesantísimos y de bellos artículos escritos por Praxedis con sencillez y arte literario, fué tomada de "Númenes Rebeldes," aumentada con artículos y pensamientos adquiridos últimamente, así co

LIBRARY
FLORIDA STATE UNIVERSITY
TALLAHASSEE, FLORIDA

mo con tres notas conmemorativas de la pluma de Ricardo Flores Magón, el compañero y el hermano del rebelde sacrificado en el combate y, finalmente, con un sensato juicio crítico sobre la vida literaria y obra anarquista de Praxedis, valorada por el compañero Diego Abad de Santillán, a quien mucho debe el más alto concepto revolucionario en Alemania y otros países sajones o latinos.

Sirva esto para mostrar, al libertario, quién fue la palabra y quién la acción.

EL GRUPO EDITOR.

INTRODUCCION

....."si alguno ha vivido dentro del ideal y obrado en conformidad con él, ese fue Praxedis." (De una carta de R. Flores Magón a N. T. Bernal, 23 de julio de 1922.)

Praxedis G. Guerrero, secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal mexicano y combatiente de la revolución social, cayó en la flor de su juventud en un encuentro con las tropas del Gobierno, en Janos, Estado de Chihuahua, la noche del 30 de diciembre de 1910. En aquellos que lo conocían, su desaparición produjo un dolor inenarrable, pues fue opinión unánime de sus amigos que la pluma y el valor moral de un Praxedis G. Guerrero no se sustituyen fácilmente. Y en efecto, han pasado catorce años y todavía no hemos podido llenar el vacío que dejó la muerte heroica del guerrillero y del poeta de la revolución proletaria mexicana.

La muerte de Praxedis, a los veintiocho años, es una gran tragedia; por los dotes de su cerebro y de su corazón estaba llamado a ocupar uno de los primeros puestos en la literatura revolucionaria de idioma español. Y no exageramos al decir esto; léanse las pocas páginas que nos quedan de él y se constatará que en una antología de la literatura de la América española, Praxedis merece un puesto de honor. Compárense sus escritos con los de los cantores de la tiranía en México o con los de los literatos que acuden a Francia o a España a COMPRARSE un nombre y se confirmará la gran significación de nuestro camarada en el

mundo de las letras; sus descripciones, sus pensamientos son piezas literarias bellísimas, y sin embargo no han sido escritos con el mero propósito de ejercitar una cualidad artística sobresaliente, sino que fueron la expresión natural de la riqueza de pensamientos y de sensaciones de un temperamento ardiente de idealista y de luchador.

Si algún día se hiciera un estudio detenido sobre Praxedis, debería contener estos tres capítulos fundamentales: el hombre, su idealismo revolucionario y el escritor; esos tres capítulos expondrían tres facetas de un mismo todo y culminarían en la revelación de una poderosa personalidad.

Respecto del hombre, en pocas palabras podemos trazar un esbozo biográfico. Nació en 1882, en el Distrito de León, Estado de Guanajuato, hijo de un rico terrateniente; en cuanto abrió los ojos de la razón, se rebelaron su corazón y su cerebro contra las condiciones sociales que hacían de unos hombres señores y de otros esclavos; renunció a la herencia paterna y se entregó a la vida del jornalero proletario; convivió con los pobres, sus hermanos, que le testimoniaron su cariño y su respeto; fué perseguido por el déspota Porfirio Díaz; tomó parte en las tentativas insurreccionales de septiembre de 1906, de junio de 1908 y de noviembre de 1910; en esta última pereció al frente de un grupo de 30 rebeldes.

De su idealismo dan prueba sus artículos escritos para "REGENERACION;" de la sinceridad y de la honradez de su carácter testimonia su adhesión a las ideas anarquistas, en un país como México, en que la adhesión a un partido político puede fácilmente procurrar de la noche a la mañana los honores del mando y del privilegio. Pero Praxedis, que nació en un medio privilegiado y que renunció a su riqueza, como Kropotkin, como Tolstoi, no apetecía los honores del mando, sino la emancipación de los esclavos del trabajo; sacrificó a su ideal cuanto tenía, primero su bienestar económico, después su vida. Sólo aquel que se sienta

capaz de sacrificar todo lo que sacrificó Praxedis en pro del ideal sublime que consideró justo, verdadero y bello, puede merecer el nombre de anarquista. Pues anarquista no es el que SE PROCLAMA tal, sino el que SE MANIFIESTA en el ejemplo de su vida; el que no obra como piensa, no piensa completamente. Ricardo Flores Magón, que conoció íntimamente a Praxedis G. Guerrero, ha expresado la conformidad del pensamiento y de la acción en la conducta de su amigo. Otra de sus cualidades era una generosidad sin límites; tuvo enemigos, pero entre los que lo conocieron no tuvo más que hermanos; sus enemigos y sus detractores estaban en el poder; para los gobernantes todo el que no acata su soberanía es un bandido o un deliniente, no importa que sea un Cristo, un Giordano Bruno o un Ferrer. La prensa reaccionaria presentó a Praxedis, el espíritu delicado y bueno, al apóstol de la libertad y la fraternidad, como un bandido "temible." Bandido el que había sentido repugnancia a cargar sobre su conciencia la responsabilidad de la admisión de una rica herencia, que es la transmisión legal del robo de generación a generación!

He aquí unas líneas de Ricardo Flores Magón: "Praxedis era el alma del movimiento libertario. Sin vacilaciones puedo decir que Praxedis era el hombre más puro, más inteligente, más abnegado, más valiente con que contaba la causa de los desheredados, y el vacío que deja tal vez no se llene nunca. ¿Dónde encontrar un hombre sin ambición de ninguna clase, todo cerebro y corazón, valiente y activo como él?"

Sobre el escritor queremos mencionar el juicio que mereció a Max Nettlau, el viejo historiador anarquista: "Guerrero me agrada por su estilo corto, preciso, lapidario. Hombres de ese tipo nos hacen mucha falta. . . . Tiene un cerebro y una mano sólidos para escribir. . . ."

En general podemos decir que todo el que lea sus escritos será conmovido por una íntima simpatía hacia el autor; si además se tiene presente el ejemplo de

mundo de las letras; sus descripciones, sus pensamientos son piezas literarias bellísimas, y sin embargo no han sido escritos con el mero propósito de ejercitar una cualidad artística sobresaliente, sino que fueron la expresión natural de la riqueza de pensamientos y de sensaciones de un temperamento ardiente de idealista y de luchador.

Si algún día se hiciera un estudio detenido sobre Praxedis, debería contener estos tres capítulos fundamentales: el hombre, su idealismo revolucionario y el escritor; esos tres capítulos expondrían tres facetas de un mismo todo y culminarían en la revelación de una poderosa personalidad.

Respecto del hombre, en pocas palabras podemos trazar un esbozo biográfico. Nació en 1882, en el Distrito de León, Estado de Guanajuato, hijo de un rico terrateniente; en cuanto abrió los ojos de la razón, se rebelaron su corazón y su cerebro contra las condiciones sociales que hacían de unos hombres señores y de otros esclavos; renunció a la herencia paterna y se entregó a la vida del jornalero proletario; convivió con los pobres, sus hermanos, que le testimoniaron su cariño y su respeto; fué perseguido por el déspota Porfirio Díaz; tomó parte en las tentativas insurreccionales de septiembre de 1906, de junio de 1908 y de noviembre de 1910; en esta última pereció al frente de un grupo de 30 rebeldes.

De su idealismo dan prueba sus artículos escritos para "REGENERACION;" de la sinceridad y de la honradez de su carácter testimonia su adhesión a las ideas anarquistas, en un país como México, en que la adhesión a un partido político puede fácilmente procurarse de la noche a la mañana los honores del mando y del privilegio. Pero Praxedis, que nació en un medio privilegiado y que renunció a su riqueza, como Kropotkin, como Tolstoi, no apetecía los honores del mando, sino la emancipación de los esclavos del trabajo; sacrificó a su ideal cuanto tenía, primero su bienestar económico, después su vida. Sólo aquel que se sienta

capaz de sacrificar todo lo que sacrificó Praxedis en pro del ideal sublime que consideró justo, verdadero y bello, puede merecer el nombre de anarquista. Pues anarquista no es el que SE PROCLAMA tal, sino el que SE MANIFIESTA en el ejemplo de su vida; el que no obra como piensa, no piensa completamente. Ricardo Flores Magón, que conoció íntimamente a Praxedis G. Guerrero, ha expresado la conformidad del pensamiento y de la acción en la conducta de su amigo. Otra de sus cualidades era una generosidad sin límites: tuvo enemigos, pero entre los que lo conocieron no tuvo más que hermanos; sus enemigos y sus detractores estaban en el poder; para los gobernantes todo el que no acata su soberanía es un bandido o un delincuente, no importa que sea un Cristo, un Giordano Bruno o un Ferrer. La prensa reaccionaria presentó a Praxedis, el espíritu delicado y bueno, al apóstol de la libertad y la fraternidad, como un bandido "temible." ¿Bandido el que había sentido repugnancia a cargar sobre su conciencia la responsabilidad de la admisión de una rica herencia, que es la transmisión legal del robo de generación a generación!

He aquí unas líneas de Ricardo Flores Magón: "Praxedis era el alma del movimiento libertario. Sin vacilaciones puedo decir que Praxedis era el hombre más puro, más inteligente, más abnegado, más valiente con que contaba la causa de los desheredados, y el racio que deja tal vez no se llene nunca. ¿Dónde encontrar un hombre sin ambición de ninguna clase, todo cerebro y corazón, valiente y activo como él?"

Sobre el escritor queremos mencionar el juicio que mereció a Max Nettlau, el viejo historiador anarquista: "Guerrero me agrada por su estilo corto, preciso, lapidario. Hombres de ese tipo nos hacen mucha falta. . . . Tiene un cerebro y una mano sólidos para escribir. . . ."

En general podemos decir que todo el que lea sus escritos será conmovido por una íntima simpatía hacia el autor; si además se tiene presente el ejemplo de

su vida y de su muerte, la simpatía se transformará en amor.

La vida y la obra de Praxedis deben ser perpetuadas, transmitidas de generación a generación, para elevar el espíritu de los pueblos hacia las esferas de un nuevo mundo social de libertad y de fraternidad.

¡Ojalá halle este pequeño volumen la acogida que merece!

Berlín, 4 de agosto de 1924.

Diego Abad de SANTILLAN.

UNA CARTA DE RICARDO FLORES MAGON

Penitenciaría Federal, Leavenworth, Kansas, 23 de julio de 1922.

Nicolás T. Bernal.

México, D. F.

Mi querido Nicolás:

La idea de ese grupo editor de dar publicidad a los incomparables trabajos de Praxedis, es brillantísima. Esos trabajos son muy poco conocidos aunque fueron publicados en una época en que "Regeneración" tenía un tiraje de mas de veinte mil ejemplares semanarios, si me acuerdo mal. Es una lastima, sin embargo, que no haya allí algún compañero que hubiera tenido la fortuna de conocer personalmente a nuestro numa bien llorado Praxedis, que si lo hubiera, él podría informar al esclavo, por quien el héroe sufrió y murió, sobre la vida de este hombre excepcional, poeta, filósofo y revolucionario, que derramó luz tan intensa y tan pura en su efímera existencia. Y cuando digo excepcional, no me refiero solamente a su labor literaria que por sí sola habla con exquisita elocuencia de la calidad maravillosa del cerebro de Praxedis, sino a su actuación como hombre de principios, como apóstol sincero del ideal anarquista, pues que si alguno ha vivido dentro del Ideal y obrado en conformidad con él, ese fué Praxedis, el hacendado-peón, el capitalista-obrero. Hijo de una poderosa familia terrateniente del Distrito de León, Estado de Guanajuato, las delicadas carnes del niño Praxedis fueron envueltas en sedas y brocados al venir a la vida. En este caso, la tradición poética sobre el origen humildísimo de los redentores de pueblos fué rota. Praxedis no fué dado a luz en un pesebre. El nació rico y

en medio de la riqueza. El vino a la vida para vivir la ociosa existencia del poderoso, pues inmensas eran las tierras que tenía que heredar e inmenso el número de esclavos que habían de sudar y sufrir para él. Todo indicaba que el niño Praxedis tendría que crecer y vivir como un burgués; pero aquí entra lo extraordinario en el caso: el niño Praxedis nació a la vida dotado de una sensibilidad excepcional y de un cerebro excepcional también. El pudo comprender que aquellos gañanes que desperdiciaban su vida encorvados sobre el agrio surco, indigentes de luz intelectual y de riqueza material, huérfanos de todo derecho y sobre cuyos hombros escuálidos pesan todas las cargas sociales, eran sus hermanos, eran hombres cuyo único delito para merecer el vivir la penosa existencia de la bestia de carga, fué el capricho de la Fortuna que no quiso que nacieran, como él, entre sedas y brocados, y el corazón del niño lloró sangre... El niño creció, y mozo ya, estudió. El quería saber, él quería indagar. En presencia del Universo y en la corriente de la vida su espíritu inquieto preguntaba: ¿por qué?, ¿para qué?, ¿de dónde?, ¿adónde? Y como las religiones no le dieran una respuesta que satisficiera a su razón, preguntó a la Ciencia, y ésta, amable siempre, recorrió las densas cortinas de la fe con que la superstición limita el horizonte del saber humano, y le hizo entrever los misterios del Cosmos y de la Vida... Entonces comprendió que no era la Fortuna la responsable de la iniquidad que se desenvolvía a su vista, sino la injusticia social, y contra esa injusticia que hace del sér humano una bestia de carga, su conciencia se rebeló, y se hizo revolucionario, y así fué como a la muerte de su padre y cuando le correspondía entrar en posesión de una formidable riqueza, él renunció su derecho a ella y se lanzó al mundo a ganarse el pan con el sudor de su rostro... ¿No es esto extraordinario? Hombres de talento, hombres de genio, y un genio fué Praxedis, abundan; pero lo que no abunda es esa generosidad, esa consistencia en el Ideal que hacen de Praxedis G. Guerrero una figura sublime en la historia revolucionaria del mundo, y a la cual amamos los que sobrevivimos, como amamos a ese otro gigante del carácter que se llamó Pedro Kropotkine. Revolucionario de acción, tomó parte activa en los movimientos insurrec-

cionales de septiembre de 1906, junio de 1908 y noviembre de 1910 contra el despotismo de Porfirio Díaz, y al frente de un puñado de valientes rindió su vida valiosísima, a la temprana edad de veintiocho años, en Janos, Estado de Chihuahua, la noche del 30 de diciembre de 1910, luchando por Tierra y Libertad. La palabra es pobre para referir la vida ejemplar de este revolucionario insigne cuyos fuertes relieves sólo el mármol o el bronce pudieran representar. Vida corta, pero fecundísima, fué la suya, y su muerte fué una pérdida real para la causa de la emancipación humana. Si no hubiera muerto, quizás ya no habría cadenas; si no hubiera muerto, quizás el hombre habría dejado de explotar y de oprimir al hombre; ¿quién puede saberlo? Porque su obra de emancipación comprendía al oprimido de todo el mundo, convencido como estaba de que el mal no era exclusivamente mexicano, sino mundial, y de que la humanidad sufre en la vasta extensión del planeta, dondequiera que haya alguien que diga: ¡esto es mío! Dondequiera que haya alguien que grite: ¡obedece!

Mis parabienes a los queridos compañeros que componen el grupo editor, incluyéndote a ti, mi bueno y querido Nicolás, por la feliz idea de publicar los trabajos de nuestro inolvidable Praxedis.

Con un fuerte abrazo se despide tu hermano que te quiere.

RICARDO FLORES MAGON.

PRAXEDIS G. GUERRERO. HA MUERTO

Últimas noticias procedentes del representante de la Junta en la ciudad de El Paso, Texas, confirman los rumores que circulaban sobre la suerte que corrió en las montañas de Chihuahua el secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal, Praxedis G. Guerrero.

Guerrero ha muerto, dice el Delegado de la Junta. En la gloriosa jornada de Janos dió su adiós a la vida Praxedis G. Guerrero, el joven libertario.

Praxedis ha muerto y yo todavía no quiero creerlo. He acopiado datos, he tomado informaciones, he analizado esos datos, he desmenuzado a la luz de la más severa crítica esas informaciones, y todo me dice que Praxedis ya no existe, que ya murió; pero contra las deducciones de mi razón se levanta anegado en llanto mi sentimiento que grita: no, Praxedis no ha muerto, el hermano querido vive...

Lo veo por todas partes y a todas horas; a veces creo encontrarlo trabajando en la oficina en sus sitios favoritos, y al darme cuenta de su ausencia eterna, siento un nudo en la garganta. El hermano se fué, tan bueno, tan generoso.

Recuerdo sus palabras, tan altas como su pensamiento. Recuerdo sus confidencias: yo no creo que sobreviviré a esta Revolución, me decía el héroe con una frecuencia que me llenaba de angustia. Yo también creía que tendría que morir pronto. ¡Era tan arrojado!

Trabajador incansable era Praxedis. Nunca oí de sus labios una queja ocasionada por la fatiga de sus pesadas labores. Siempre se le veía inclinado ante su mesa de trabajo escribiendo, escribiendo, escribiendo aquellos artículos luminosos con que se honra la literatura revolucionaria de México; artículos empapados de sinceridad, artículos belli-

simos por su forma y por su fondo. A menudo me decía: qué pobre es el idioma; no hay términos que traduzcan exactamente lo que se piensa; el pensamiento pierde mucho de su lozanía y de su belleza al ponerlo en el papel.

Y sin embargo, aquel hombre extraordinario supo formar verdaderas obras de arte con los toscos materiales del lenguaje.

Hombre abnegado y modestísimo, nada quería para sí. Varias veces le instamos a que se comprase un vestido. Nunca lo admitió. Todo para la causa, decía sonriendo. Una vez, viendo que adelgazaba rápidamente, le aconsejé que se alimentase mejor, pues se mantenía con un poco de legumbres; no podría soportar, me dijo, que yo me regalase con platos mejores cuando millones de seres humanos no tienen en este momento un pedazo de pan que llevar a la boca.

Y todo esto lo decía con la sinceridad del apóstol, con la sencillez de un verdadero santo. Nada de fingimiento había en él. Su frente alta, luminosa, era el reflejo de todos sus pensamientos. Praxedis pertenecía a una de las familias ricas del Estado de Guanajuato. En unión de sus hermanos heredó una hacienda. Con los productos de esa hacienda pudo haber vivido en la holganza, cómodamente; pero ante todo era un libertario. ¿Con qué derecho había de arrebatar a los peones el producto de su trabajo? ¿Con qué derecho había de retener en sus manos la tierra que los trabajadores regaban con su sudor? Praxedis renunció a la herencia y pasó a unirse a sus hermanos los trabajadores, para ganar con sus manos un pedazo de pan que llevar a la boca sin el remordimiento de deberlo a la explotación de sus semejantes.

Era casi un niño Praxedis cuando después de haber renunciado al lujo, a las riquezas, a las satisfacciones casi animales de la burguesía, se entregó al trabajo manual. No llegaba a las filas proletarias como un vencido en la lucha por la existencia, sino como un gladiador que se enlistaba en el proletariado para poner su esfuerzo y su gran cerebro al servicio de los oprimidos. No era un arruinado que se veía obligado a empuñar el pico y la pala para subsistir, sino el apóstol de una grande idea que renunciaba voluntariamente a los goces de la vida para propagar por medio del ejemplo lo que pensaba.

Y a este hombre magnífico le llama "El Imparcial," bandido; con grandes caracteres esa hoja infame, al dar cuenta de los sucesos de Janos, dice que allí encontró la muerte "el temible bandido Guerrero."

¿Bandido? Entonces, ¿cuál es la definición de un hombre de bien? ¡Ah, duerme en paz, hermano querido! Tal vez esté yo predestinado para ser tu vengador.

Al hablar de Praxedis G. Guerrero, no es posible dejar de hacer mención de aquel otro héroe que cayó atravesado por las balas de los esbirros en la gloriosa acción de Palomas en el verano de 1908... ¿Os acordáis de él? Se llamó Francisco Manrique, otro joven guanajuatense que renunció a su herencia también para no explotar a sus semejantes. Praxedis y Francisco, bello par de soñadores, fueron inseparables camaradas a quien sólo la muerte pudo separar; pero por breve tiempo...

En el hermoso artículo que escribió Praxedis sobre la acción de Palomas, dice refiriéndose a Francisco Manrique: "Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en el mismo banco. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la Revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades; era un joven profundamente bueno a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad."

Praxedis era el alma del movimiento libertario. Sin vacilaciones puedo decir que Praxedis era el hombre más puro, más inteligente, más abnegado, más valiente con que contaba la causa de los desheredados, y el vacío que deja tal vez no se llene nunca. ¿Dónde encontrar un hombre sin ambición de ninguna clase, todo cerebro y corazón, valiente y activo como él?

El proletariado tal vez no se da cuenta de la enorme pérdida que ha sufrido. Sin hipérbole puede decirse que no es México quien ha perdido al mejor de sus hijos, sino la humanidad misma la que ha tenido esa pérdida, porque Praxedis era un libertario.

Y todavía no puedo dar crédito a la terrible realidad. A cada rato me parece que va a llegar un telegrama consola-

dor dando cuenta de que Praxedis está vivo. La verdad brutal no puede aniquilar en el fondo de mi corazón un resto de esperanza que arde como una lámpara de aceite próxima a apagarse. Y mi torturado espíritu cree encontrar todavía en sus sitios favoritos, en la oficina, donde tanto soñamos con el bello mañana de la emancipación social él y yo, al mártir, inclinado en su mesa de labores, escribiendo, escribiendo.

Ricardo FLORES MAGON.

(De "Regeneración," 14 de enero de 1911.)

PRAXEDIS G. GUERRERO

Hace un año que dejó de existir en Janos, Estado de Chihuahua, el joven anarquista Praxedis G. Guerrero, secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

La jornada de Janos tiene las proporciones de la epopeya. Treinta libertarios hicieron morder el polvo de una vergonzosa derrota a centenares de esbirros de la dictadura porfirista; pero en ella perdió la vida el más sincero, el más abnegado, el más inteligente de los miembros del Partido Liberal Mexicano.

La lucha se desarrolló en las sombras de la noche. Nuestros treinta hermanos, llevando la Bandera Roja, que es la insignia de los desheredados de la tierra, se echaron con valor sobre la población fuertemente guarnecida por los sicarios del Capital y de la Autoridad, resueltos a tomarla o a perder la vida. A los primeros disparos del enemigo, Praxedis cayó mortalmente herido para no levantarse jamás. Una bala había penetrado por el ojo derecho del mártir, destrozando la masa cerebral, aquella masa que había despedido luz, luz intensa que había hecho visible a los humildes el camino de su emancipación. ¡Y debe haber sido la mano de un desheredado, de uno de aquellos a quienes él quería redimir, la que le dirigió el proyectil que arrancó la vida al libertario!

Toda la noche duró el combate. El enemigo, convencido de su superioridad numérica, no quería rendirse, esperando en que tendría forzosamente que aplastar aquel puñado de audaces. Los disparos se hacían a quemarropa, se luchaba cuerpo a cuerpo en las calles de la población. El enemigo atacaba fieramente, como que contaba con una victoria segura; los nuestros repelían la agresión con valentía, como que sabían que, inferiores en número, tenían que hacer prodigios de arrojo y de audacia.

El combate duró toda la noche del 30 de diciembre, hasta que, al acercarse el alba, el enemigo huyó despavorido rumbo a Casas Grandes, dejando el campo en poder de nuestros hermanos y un reguero de cadáveres en las calles de Janos. El sol del 31 de diciembre alumbró el lugar de la tragedia, donde yacían dos de los nuestros: Praxedis y Chacón.

Praxedis fué, sencillamente, un hombre; pero hombre en la verdadera acepción de la palabra; no el hombre-masa atávico, egoísta, calculador, malvado, sino el hombre despojado de toda clase de prejuicios, el hombre de abierta inteligencia que se lanzó a la lucha sin amor a la gloria, sin amor al dinero, sin sentimentalismo. Fué a la revolución como un convencido. "Yo no tengo entusiasmo," me decía; "lo que tengo es convicción."

Cualquiera se imaginaría a Praxedis como un hombre nervioso, exaltado, movido bajo el acicate de la neurastenia. Pues, no: Praxedis era un hombre tranquilo, modestísimo tanto en teoría como en la práctica. Enemigo de tontas vanidades, vestía muy pobremente. No había vino como muchos farsantes por alardear de temperantes: "no lo necesito," decía cuando se le ofrecía una copa, y, en efecto, su temperamento tranquilo no necesitaba del alcohol.

Praxedis fué heredero de una rica fortuna que despreció: "no tengo corazón para explotar a mis semejantes," dijo, y se puso a trabajar codo con codo con sus propios peones, sufriendo sus fatigas, participando de sus dolores, compartiendo sus miserias. Era niño entonces; pero no se arredró ante el porvenir tan duro que se le esperaba como esclavo del salario. Trabajó varios años en México, ya de peón en las haciendas, o de caballerango en las casas ricas de las ciudades, o de carpintero donde se le daba ese trabajo, o de mecánico en los talleres de los ferrocarriles. Por fin vino a los Estados Unidos, ávido de aprender y de ver esta civilización de la que tanto se habla en los países extranjeros, y, como todo hombre inteligente, quedó decepcionado de la pretendida grandeza de este país del dólar, de la insignificancia intelectual y del patriotismo más estúpido.

Aquí, en este país de los "libres," en este hogar de los "bravos," sufrió todos los atentados, todos los salvajismos, todas las humillaciones a que está sujeto el trabajador me-

xicano por parte de los patrones y de los norteamericanos que, en general, se creen superiores a nosotros los mexicanos porque somos indios y mestizos de sangre española e india. En Louisiana, un patrono a quien le había trabajado algunas semanas, iba a matarlo por el "delito" de pedirle el pago de su trabajo.

Praxedis trabajó en los cortes de madera de Texas, en las minas de carbón, en las secciones de ferrocarril, en los muelles de los puertos. Verdadero proletario libertario, tenía aptitud especial para ejecutar toda clase de trabajos manuales. Así fué como se templó ese grande corazón: en el infortunio. Nació en rica cuna y pudo haber muerto en rico lecho; pero no era de esos hombres que pueden llevarse tranquilamente a la boca un pedazo de pan, cuando su vecino está en ayunas.

Praxedis fué, pues, un proletario, y por sus ideales y sus hechos, un anarquista. Por dondequiera que anduvo, predicó el respeto y el apoyo mutuo como la base más fuerte en que debe descansar la estructura social del porvenir. Habló a los trabajadores del derecho que asiste a toda criatura humana a vivir, y vivir significa tener casa y alimentación aseguradas y gozar, además, de todas las ventajas que ofrece la civilización moderna, ya que esta civilización no es otra cosa que el conjunto de los esfuerzos de miles de generaciones de trabajadores, de sabios, de artistas, y, por lo tanto, nadie tiene derecho de apropiarse para sí solo esas ventajas, dejando a los demás en la miseria y en el desamparo.

Praxedis fué muy bien conocido por los trabajadores mexicanos que residen en los Estados del Sur de esta nación, y la noticia de su muerte causó gran consternación en los humildes hogares de nuestros hermanos de infortunio y de miseria. Cada uno tenía un recuerdo del martir. Las mujeres se acordaban de cómo el apóstol de las ideas modernas blandía el hacha para ayudarlas a partir leña con qué cocer los pobres alimentos, después de haber permanecido encerrado todo el día en el fondo de la mina, o de haber sufrido por doce horas los rayos del sol trabajando en el camino de hierro, o de haberse deslomado derribando árboles en las márgenes del Misisipí. Y las familias, congregadas en la noche, oían la amable y sabia plática de este hombre singular que

nunca andaba solo; en su modesta mochila cargaba libros, folletos y periódicos revolucionarios, que leía a los humildes. De todo esto se acordaban los trabajadores y sus familias cuando se supo que Praxedis G. Guerrero había muerto. Ya no se hospedaría más en aquellos honestos hogares el amigo, el hermano y el maestro...

¿Y qué habrá ganado el hijo del pueblo, que por sostener el sistema capitalista tronchó la fecunda vida del mártir?

¡Ah, soldados que militáis en las filas del Gobierno: cada vez que vuestro rifle mata a un revolucionario, echáis otro eslabón a vuestra cadena! Volved a la razón, soldados de la Autoridad; sois pobres, vuestras familias son pobres, ¿por qué matáis a los que todo lo sacrifican por ver a toda criatura humana libre y contenta?

Volved, soldados, las bocas de vuestros fusiles contra vuestros jefes y pasaos a las filas de los rebeldes de la Bandera Roja, que luchan al grito de ¡Tierra y Libertad! No matéis más a los mejores de vuestros hermanos.

Y vosotros, trabajadores, pensad en la ejemplar vida de Praxedis G. Guerrero. Ved su rostro: es una blusa de peón la que tiene encima, y, la actitud en que está, es la misma en que se le veía cuando al frente tenía unas hojas de papel en que vaciar generosamente sus exquisitos pensamientos.

Praxedis G. Guerrero, el primer anarquista mexicano que regó con su sangre el virgen suelo de México, y el grito de ¡Tierra y Libertad! que lanzó en el oscuro pueblo del Estado de Chihuahua, es ahora el grito que se escucha de uno a otro confín de la hermosa tierra de los aztecas.

Hermano: tu sacrificio no fué estéril. Al caer al suelo las gotas de tu sangre, surgieron de ella héroes mil que seguirán tu obra hasta su fin: la libertad económica, política y social del pueblo mexicano.

‘Ricardo FLORES MAGON.

(De "Regeneración," 30 de diciembre de 1911.)

OBSCURIDADES

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los oropeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las *pedras preciosas* que cautivan las mentes primitivas.

En las sombras nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan.

El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando ruge en el fogón de la caldera.

La rebeldía del proletario oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitaciones de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La obscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la obscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos.

ESCUCHAD

¿Oís? ¡Es el viento que mece las frondas de misteriosa selva! El soplo del porvenir, que despierta a la quieta y somnolienta maleza; es el primer suspiro de la virgen floresta al recibir en su frente cabizbaja, el beso del impetuoso Eolo.

¿Oís? Es el viento que desgarrar un manto invisible, en las sinuosidades de la montaña dormida, el viento de la idea que quiebra sus ráfagas, en los ramajes del pueblo inmenso, bosques de almas; es la racha iniciadora que sacude a los robles, la descubierta del huracán, que barre en la hondonada y en la cumbre la niebla confusa de la estéril resignación.

Halito tibio y fecundo atraviesa la selva; cada hoja que toca es una voz que nace, cada rama que mueve es un brazo que arma; voz que se une al concierto heroico que saluda al mañana redentor, brazo que se extiende buscando el pecho de un tirano.

Es el aliento de la Revolución.

¿Sentís? Es la trepidación del granito que se agrieta, batido por los férreos puños de Plutón; es el corazón del mundo que palpita bajo el enorme tórax; es el espíritu ígneo del gigante que rompe su cárcel para lanzar al espacio su verbo de llamas.

Es el temblor que anuncia la aurora de un cráter.

¿Sentís? Son las vibraciones de divinos martillos que golpean en el fondo del abismo. Es la vida que brota del negro vértice, haciendo estremecer el asilo de la muerte donde reinan tétricos vampiros.

Es el empuje de la Revolución que avanza.

SOPLA

Las mansas multitudes hacían un ruido como de rebaño en el esquiladero; rodeábanme la brutalidad, la infamia, la adulación, la mentira, la vanidad; causáronme mis nervios; huí de la ciudad porque sentíame prisionero en ella, y vine hasta esta roca solitaria que será el mausoleo de mis fastidios. Solo estoy por fin; la ciudad y sus ruidos quedáronse muy lejos; libre soy de ellos; respiraré otro ambiente; el murmullo de la naturaleza será la dulce canción que escuchará mi oído.

De pie sobre el alto cantil sonríe el vagabundo.

Llegó ligera brisa; y a los pulmones del vagabundo penetró algo asfixiante; oyó que en las madejas de su cabellera bronca gemía una voz extraña.

¿De dónde vienes tú, brisa ligera, que causas ansiedades y tristezas lloras?

Vengo de largo peregrinaje. Pasé por las cabañas de los peones y vi cómo nacen y crecen esos esclavos; con mis dedos sutiles toqué las carnes sin abrigo de los pequeños, los senos lacios y enjutos de las madres feas y bestializadas por las miserias y los maltratos; toqué las facciones del hambre y de la ignorancia; pasé por los palacios y recogí el gruñido de las envidias, el regüeldo de las harturas, el sonido de las monedas contadas febrilmente por los avaros, el eco de las órdenes liberticidas; palpé en mi mano invisibles tapices, mármoles dorados, joyas con que se adornan para valer algo los que nada valen. Pasé por las fábricas, por los talleres, por los campos y me impregné de la salobridad de muchos sudores sin recompensa; permitiéronme apenas asomarme a las mi-

nas y recogí el aliento cansado de miles de hombres. Atravesé las naves de los santuarios y hallé al crimen y a la pereza moralizando; tomé de allí acres olores de vil incienso. Escurríme en las cárceles y acaricié a la infancia prostituida por la justicia, al pensamiento encadenado en las bartolinas y vi cómo miriadas de insectos chicos comen la carne de insectos grandes. Forcé cuarteles y vi en sus cuadras humillaciones, brutalidades, vicios hediondos, una academia de asesinato. Entré a las aulas de los colegios y vi a la ciencia en amistad con los errores y los prejuicios; a seres jóvenes, inteligentes, en pugna recia por adquirir certificados de explotadores, y vi en los libros derecho inicuo que da derecho para violar todo derecho. Pasé por valles, por serranías; silbé en la lira de los tiranos, que la han formado las cuerdas tías de los ahorcados en los ramajes de las florestas. Traigo dolores, traigo amarguras, por eso gimo; traigo resignaciones, vengo del mundo, por eso asfixio.

—Vete, ligera brisa; quiero estar solo.

Fuése la brisa, pero en la cabellera bronca del vagabundo quedó apresada la angustia humana.

En rachas fuertes llegó otro viento, intenso y formidable.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—Vengo de todos los rincones del mundo; traigo el porvenir justiciero; soy el aliento de la Revolución.

—Sopla, huracán; peina mi cabellera con tus dedos terribles. Sopla, vendaval, sopla sobre mi cantil abrupto, sobre los valles, en los abismos, gira en torno de las montañas; derriba esos cuarteles y esos santuarios; destruye esos presidios; sacude esa resignación; disuelve esas nubes de incienso; quiebra las ramas de esos árboles en que han hecho sus liras los opresores; despierta a esa ignorancia; arranca esos dorados que representan mil infortunios. Sopla, huracán, remolino, aquilón, sopla; levanta las arenas pasivas que

hollan los pies de los camellos y los vientres de las víboras y haz con ellas proyectiles ardientes. Sopla, sopla, para que cuando la brisa vuelva no deje aprisionada en mi cabellera la horrible angustia de la humanidad esclava.

SOY LA ACCION

Sin mí, las concepciones del cerebro humano serían unos cuantos fósforos humedecidos en una cerillera mohosa.

Sin mí, el fuego no habría calentado el hogar de los hombres, ni el vapor habría lanzado sobre dos líneas de acero la rápida locomotora.

Sin mí, la casa del hombre sería el bosque o la caverna.

Sin mí, las estrellas y los soles serían todavía los parches brillantes que Jehová pegó al firmamento para deleite de las pupilas de su pueblo.

Sin mí, Colón hubiera sido un loco; Bernardo Palissy, un demente; Keplero, Copérnico, Newton, Galileo y Giordano Bruno, embusteros; Fulton, Franklin, Roentgen, Mongolfier, Marconi, Edison y Pasteur, soñadores.

Sin mí, la rebeldía de las conciencias sería una nube de humo encerrada en el hueco de una nuez, y las ansias de libertad, los aleteos inútiles de un águila encadenada y presa.

Sin mí, todas las aspiraciones y los ideales rodarían en la mente de los hombres como hojarasca arremolinada por el cierzo.

El Progreso y la Libertad no pueden ser sin mí.
Soy la Acción.

EPISODIOS REVOLUCIONARIOS

LAS VACAS (1)

Había llovido tenazmente durante la noche; las ropas empapadas de agua y la insistencia del barro que se pegaba a los zapatos, dificultaban la marcha.

Amanecía; el sol del 26 de junio de 1908 se anunciaba tiñendo el horizonte con gasas color de sangre. La Revolución velaba con el puño levantado. El Des-

(1) El organizador de este movimiento fué Antonio de P. Araujo, quien a la sazón era director del periódico "Reforma, Libertad y Justicia."

"Reforma, Libertad y Justicia" era el lema adoptado por la Junta Revolucionaria del Partido Liberal Mexicano en su primer Manifiesto, expedido en Saint Louis, Missouri, el 1.º de julio de 1906; lema que la misma Junta cambió por el de "Tierra y Libertad," desde 1911, en su Manifiesto de 23 de septiembre.

Quien lea con detenimiento y juzgue con criterio imparcial la historia de este gran movimiento revolucionario, el más hermoso que ha dado fama y prestigio mundial al pueblo mexicano, verá por una parte su marcha evolutiva siempre ascendente del movimiento y, por otra, la firmeza de carácter de Ricardo Flores Magón, iniciador y cerebro de la Revolución.

Por datos biográficos que hemos podido recoger, Magón, desde 1901, leía con gran interés literatura puramente anarquista; conocía las obras de Máximo Gorki, Pedro Kropotkin y Enrique Malatesta, y se explica, por esto, que al movimiento revolucionario mexicano, representado por la Junta de Saint Louis, se le imprimieran estas mismas tendencias. Y puede decirse que entre el Manifiesto puramente reformista de Saint Louis, Missouri, y el expedido el 23 de septiembre de 1911, existe un punto de transición en su marcha evolutiva revolucionaria, como preparación entre la Reforma y la Anarquía. Este escalón o preparación se nota en los artículos de Ricardo Flores Magón y los del inol-

potismo velaba también con el arma liberticida empuñada nerviosamente y el ojo azorado escrutando la maleza, donde flotaban aún las sombras indecisas de la noche.

El grupo de rebeldes hizo alto, a un kilómetro escaso del pueblo de Las Vacas. Se pasó lista. No llegaban a cuarenta los combatientes. Se tomaron las disposiciones iniciales para el ataque, organizando tres guerrillas: la del centro dirigida por Benjamín Canales, la de la derecha por Encarnación Díaz Guerra y José M. Rangel, y la de la izquierda por Basilio Ramírez; se indicó el cuartel como punto de reunión, barriendo con el enemigo que se encontraba en el trayecto.

El insomnio y la brega de largas horas con la tempestad y el fango del camino, no habían quebrantado los ánimos de los voluntarios de la libertad; en cada pupila brillaba un rayo de heroísmo, en cada frente resplandecía la conciencia del hombre emancipado. En el ligero viento del amanecer se aspiraba un ambiente de gloria. El sol nacía y la epopeya iba a escribirse con caracteres más rojos que el tinte fugaz de las gasas que se desvanecían en el espacio.

¡Compañeros!, dijo una voz (1), la hora tan largamente ansiada ha llegado por fin. ¡Vamos a morir o a conquistar la libertad! ¡Vamos a combatir por la Justicia de nuestra causa!

visible Praxedes G. Guerrero, publicados en "Revolución," de Los Angeles, California, el año de 1907.

El plan bien marcado de la Junta, en la que desempeñaba el papel más importante Ricardo Flores Magón, era hacer labor revolucionaria anarquista en el seno del Partido Liberal, el partido revolucionario más avanzado y de más prestigio en México.

Los elementos nocivos o políticos, cuyas tendencias eran vivir en algún puesto público y medrar cómodamente sobre los hombros de los humildes esclavos del salario, fueron eliminándose sucesivamente del seno de la Junta.

(1) Esta voz fué de la de Jesús M. Rangel, el primero que se levantó en la frontera el año de 1906 para derrocar la tiranía de Porfirio Díaz. En 1908 fué uno de los comba-

En aquel momento un pintor épico habría podido copiar un cuadro admirable. ¡Qué de rostros interesantes! ¡Qué de actitudes expresivas y resueltas!.....

En marcha las tres diminutas columnas, con dirección al pueblo, llegaron al borde de un arroyo. De repente alguien, que iba a la cabeza, gritó: ¡Aquí están estos mochos! Y el arroyo fué atravesado rápidamente, con el agua a la cintura. Los soldados que estaban tendidos pechó a tierra entre los matorrales, se levantaron en desorden ante la acometida de los rebeldes, buscando, unos, abrigo en las casas, mientras otros desertaban pasando el río a nado para internarse a los Estados Unidos.

Las calles de Las Vacas fueron recorridas en pocos minutos, trabándose combates a quemarropa con el resto de la guarnición, que dividida en varias secciones y protegida por los edificios, pretendió detener a los libertarios. Canales, al frente de la guerrilla del centro, llegó el primero a pocos pasos del cuartel; las balas rodeaban su altiva figura: sus grandes y bellos ojos, normalmente plácidos como los de un niño, brillaban intensamente; su clásico perfil se destacaba puro, viril, magnífico, en medio de la lluvia de acero; mas su lucha fué breve: disparando su carabina y dando vivas a la libertad, se acercaba a la puerta del cuartel, cuando recibió una infame bala en medio de su frente, de aquella frente suya tan hermosa, donde

tientes en la batalla de Las Vacas, Coah. Más tarde, después de haber cumplido una sentencia en una bastilla norteamericana, combatió en Chihuahua (1911) contra las fuerzas del maderismo, habiendo sido herido y hecho prisionero; y fué encerrado en la Penitenciaría Federal de México, D. F., hasta la muerte del pseudoapóstol de la democracia, Francisco I. Madero. Rangel se encuentra en la actualidad preso en la Penitenciaría de Huntsville, Texas, sufriendo la condena de 99 años de prisión que le fué impuesta por un jurado texano por supuesto homicidio, durante su marcha a territorio mexicano, en 1913, para luchar por los principios libertarios expuestos en el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

hicieron su hogar tantas aspiraciones justicieras, tantos sueños de libertad, donde tomaron alas tantos pensamientos nobles. Benjamín quedó muerto, con el cráneo deshecho y los brazos extendidos. No pudo ver lo que tanto deseaba: la libertad de México.

Desalojados repetidas veces los defensores de la tiranía, buscaban una posición que pudiera librarlos del ímpetu de los libertarios, que inferiores en número y armamento, se imponían por su temerario arrojo y su terrible precisión de tiradores. Al principiar el combate, los tiranistas llegaban a muy cerca de cien, entre soldados de línea y guardias fiscales; al cabo de dos horas su efectivo había descendido considerablemente por las desertiones y las balas. En ese primer período, en el cual muchas veces se dispararon las armas chamuscando la ropa del contrario, fué en el que cayó el mayor número de los nuestros.

El primero de todos, Pedro Miranda, el revolucionario por idiosincrasia a la vez que por convicción, el Pedro Miranda cuyos dichos mordaces se repiten todavía por los compañeros que lo trataron; el que era la acción y la firmeza encarnadas en un cuerpo hecho a las luchas con la naturaleza y con los hombres de la injusticia; el mismo que pasaba los años trabajando sin descanso y dedicando a la Revolución cada centavo que salvaba de la rapiña burguesa. Sus carabinas, un arsenal siempre con perspectiva de aumento, se hallaban a toda hora listas para entrar en acción por la libertad. Entre los compañeros ha venido a ser proverbial esta condición invariable de las armas de Pedro; cuando se quiere significar que una persona o una cosa está en muy buenas condiciones, se dice: Está como las carabinas de Pedro Miranda. Sus palabras postreras fueron: "Ya no puedo..... sigan ustedes....."

Néstor López, el activo y sincero propagandista admirable para encontrar recursos para la causa, quedó con una pierna rota a una cuadra del cuartel.

El valiente Modesto G. Ramírez, autor de una car-

ta llena de consciente heroísmo, escrita la víspera del combate y publicada más tarde por la Prensa norteamericana, cayó junto a una cerca de ramas, al lado de dos bravos, muertos minutos antes en aquel sitio fatal. Pasaba un compañero, y Modesto en la agonía le dijo: "Hermano, ¿cómo vamos?... Dame agua... v... sigue... adelante..."

Juan Maldonado encontró la muerte cuando osadamente avanzaba a desalojar al enemigo.

Emilio Munguía, un joven fríamente temerario, pereció también.

Antonio Martínez Peña, viejo y constante obrero de la causa, acabó allí su vida de sacrificios al exponer su cuerpo a muy corta distancia de la boca de los máusers.

Pedro Arreola, revolucionario y perseguido desde los tiempos de Garza, y por largos años uno de los hombres más temidos por los esbirros de la frontera de Coahuila y Tamaulipas, murió con la frase burlesca en los labios y el gesto del indomable en el semblante. Atravesado por una bala que le rompió la columna vertebral, arriba de la cintura, se esforzaba por alcanzar su carabina que había saltado lejos de él a tiempo de caer; un camarada se acercó y puso el arma en sus manos desfallecientes; sonrió, quiso, sin conseguirlo, colocar nuevo cartucho en la recámara de su carabina; interrogó sobre el aspecto que llevaba la lucha y en medio de su trágica sonrisa deslizó lentamente la última frase de su áspera filosofía: "La causa triunfará; no hagan caso de mí; no porque muere un chivo se acabará el ganado."

Manuel V. Velis, a menos de veinte metros del enemigo disparaba con asombrosa tranquilidad apoyándose en un delgado arbusto; contestando con mucha flema todas las instancias que se le hacían para que abandonase aquel sitio barrido por las fusiladas, permaneció sirviendo de blanco hasta que casi agotada su cartuchera fué a reunirse a sus compañeros. Una bala salida de una casa dejó tendido a este sereno

luchador, a quien nadie vió reñir nunca; a este hombre de hábitos apacibles y laboriosos, de convicciones profundas de libertario, en quien la conciencia dominaba al temperamento.

Hubo otros muertos cuyos nombres no he podido recoger; ya en los momentos del combate se unieron a los nuestros. Se dice que uno era de Zaragoza; el otro vivía en Las Vacas, y al sentir el ruido de la pelea y oír las exclamaciones de los combatientes se despertó en él la solidaridad de oprimido; ciñóse la cartuchera, tomó su carabina, se echó a la calle y al grito de ¡Viva el Partido Liberal! se lanzó a pecho descubierto sobre los soldados del despotismo. Una fusilada lo dejó en medio de la calle.

Por largas cinco horas se prolongó el combate. Pero después de las dos primeras ya no fueron mortales los disparos de los tiranistas; su pulso se había alterado notablemente, no obstante que algunos tiraban a cubierto. Las carabinas libertarias hablaban elocuentes. Asomaba el cañón de un máuser y en diez segundos la madera de la caja saltaba hecha astillas por las balas del Winchester. Aparecía un chaco por alguna parte y presto volaba convertido en criba por los 30-30. Los libertarios estaban diezmados; había muchos heridos; pero su empuje era poderoso, su valor muy grande; Díaz Guerra se batía en primera fila con su revólver; sus viejos años, pasados en el destierro, se habían vuelto de repente los ligeros y audaces del guerrillero de la Intervención. Un fragmento de bala le hirió en la mejilla; otra bala disparada sobre él a quemarropa desde una ventana le atravesó un brazo. Esa herida costó el incendio de una casa. Se avisó que salieran de ella los no combatientes y se le prendió fuego. Rangel sostenía una lucha desigual; solo en un extremo tenía en jaque a un grupo de soldados, mandados por un sargento, que recortaban su figura de león enfurecido con el acero silbante de sus fusiles.

Por todas partes se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hom-

bre era un héroe; cada héroe un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya.

Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fué a pegarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate.

Calixto Guerra, herido como estaba, se mantuvo en su puesto con bravura y energía admirables.

Los enemigos tuvieron también sus grandes hechos; los defensores de la tiranía y la esclavitud se revelaron en sus actos.

Un grupo de ocho soldados y un sargento se vieron cortados de sus compañeros y acometidos de flanco por el fuego de los rebeldes; junto a ellos estaba el cuartel, pero tenían para llegar a él que cruzar la calle que estaba en poder de cuatro rebeldes. Apurado el sargento por salir de la falsa posición en que lo había metido una de las brascas acometidas de los libertarios, apareció en la calle agitando un pañuelo blanco en señal de paz, seguido de los soldados llevando los fusiles con las culatas hacia arriba; los rebeldes creyeron que se rendían y los dejaron avanzar; pero de pronto, cuando los traidores esbirros se hallaban próximos a la puerta del cuartel, volvieron los fusiles e hicieron fuego sobre los que habían perdonádoles la vida. Hicieron fuego sin efecto y corrieron a meterse al cuartel, menos tres, que no pudieron llegar. Las balas del 30-30 les evitaron para siempre la repetición de su cobarde estratagema.

En el cuartel había un montón de cadáveres; otros se veían en las calles. Las huellas de las balas se encontraban por todas partes. Las casas presentaban un aspecto desolador. Era después de las diez; el parque de los libertarios estaba agotado; los soldados de la tiranía no llegaban a quince, guarecidos en las casas

donde había familias; el resto eran muertos o desertores. El capitán, jefe de la guarnición, se defendió tenazmente con el triste valor de la fidelidad del siervo. Aquello había concluido en un triunfo completo para los revolucionarios, pero... ya no había parque... Rangel hizo un esfuerzo más; con cuatro tiros en el revólver y algunos compañeros con él, intentó un ataque decisivo; avanzó algo y recibió un balazo en un muslo: la última sangre de libertarios de aquella jornada tremenda.

Se inició la retirada; paso a paso fueron reuniéndose los supervivientes y abandonando el pueblo. Nadie quería dejar, con los cuerpos de tantos camaradas, una victoria que ya era suya. Pero... ya no había parque... Un rebelde se negó a salir; tenía algunos cartuchos; no iría con ellos sin completar el triunfo; escogió un lugar y él solo permaneció frente al enemigo hasta las tres de la tarde. La carabina vacía, la cartuchera desierta, se alejó, intocable para las balas, a continuar la lucha por la emancipación. Más tarde el nombre de este héroe, y los de todos los que tomaron parte en la acción de Las Vacas, se oírán, cuando de sacrificios y grandezas se hable.

Fracaso, murmuran algunas voces.

Ejemplo, enseñanza, estímulo, episodio inmortal de una revolución que triunfará, dice la lógica.

VIESCA

La organización había sido trabajo laborioso ejecutado en medio de grandes dificultades y peligros. La indiscreción y cobardía de las masas, la vigilancia de las autoridades apoyada en la sucia labor de espías y delatores, la carencia de recursos monetarios, todo fué venciendo o esquivándose por los revolucionarios del Grupo de Viesca. Su organización adquirió vigor y consistencia al impulso constante que supieron emplear aquellos pocos trabajadores liberta-

rios. Una a una fueron reuniéndose armas para el Grupo; un día era una pistola, otro una carabina; poco a poco se las dotó de parque. Hubo que imponerse dobles privaciones, que trabajar triple de lo ordinario para ganar unas cuantas monedas más de las necesarias para pagar el derecho de vivir; pero al fin, cuando se aproximaba la fecha de la insurrección, se contaba con algunos elementos, valiosísimos desde el punto de vista de las condiciones miserables que rodean a todos los luchadores de principios.

La Revolución nunca ha tenido capitales. Los ricos, difícilmente llegan a militar en las luchas por la emancipación humana; cuando más, arriesgan alguna parte de sus capitales en tal o cual juego político. Son egoístas del tipo suicida: quieren para ellos hasta lo innecesario, aunque la plétora los reviente. Por eso Tolstói y Kropotkin son dos tipos extraordinarios en estos tiempos.

La noche del 24 al 25 de junio, aniversario de los asesinatos de Veracruz, era la fecha indicada para iniciar la rebelión en distintas partes del país. El Grupo de Viesca se alistaba sigilosamente; se habían tomado minuciosas precauciones; pero todas ellas no pudieron impedir que sus trabajos se manifestaran tan claros y amenazadores que las autoridades principales del lugar, temerosas, huyeron la víspera del levantamiento. Además, la traición de Casas Grandes (1) reveló al Gobierno la existencia de la vasta conspiración, y lo que era más importante para el buen éxito de sus planes, la fecha en que comenzaría la agresión de los rebeldes. El telégrafo había comunicado órdenes apremiantes a todos los pueblos y ciudades para que las autoridades civiles y militares hicieran cuanto pudieran para sofocar la revolución, mientras se pre-

(1) "Barbarous Mexico" menciona que el Partido Revolucionario, representado por la Junta, contaba con cuarenta y seis grupos armados, listos para levantarse en México, siendo uno de los principales el de Casas Grandes (Chihuahua).

paraba un embajador a presentarse en Washington a pedir la más vergonzosa ayuda en favor de la tiranía mexicana (1).

A la medianoche se reunieron los compañeros; señalóse a cada quien su sitio y se puso manos a la

(1) Este acontecimiento se encuentra plenamente detallado en el "Barbarous Mexico," libro escrito por John Kenneth Turner, del que extractamos lo que sigue:

"A principios del mes de agosto de 1907 fué descubierto el lugar en que se encontraban los leaders liberales. Todo el testimonio indica que habían preparado de antemano un plan para plagiarlos, del mismo modo que el año anterior se había hecho con Manuel Sarabia en Arizona. En primer lugar, los agentes de policía habían tenido tiempo más que suficiente para obtener una orden de arresto; pero ni siquiera lo intentaron. En segundo lugar ellos escondieron un automóvil en la vecindad, que no podían usarlo después del arresto. En tercer lugar, cuando los dos hombres (Ricardo y Librado Rivera) se dieron cuenta de que se pretendía plagiarlos, gritaron a fin de llamar la atención del vecindario, y entonces los esbirros los golpearon brutalmente con sus pistolas hasta dejar a Magón botado en el suelo insensible y mandando de su cuerpo sangre en abundancia. Todas estas circunstancias, que demuestran que había una conspiración para plagiarlos, fueron confirmadas con el testimonio directo de uno de los esbirros del cónsul mexicano de ese tiempo, quien confesó de plano que existía dicha combinación y que fué fraguada por el mismo cónsul." El autor del libro mencionado dice también que el concurso que al momento se recibió, nulificó el atentado, y que, cuando fueron entregados los prisioneros a la cárcel, la única acusación escrita enfrente de sus nombres, fué la de haberse resistido a los oficiales.

"Barbarous Mexico" hace notar también que el embajador Creel había llegado a Los Angeles procedente de Washington días antes, y que la noche anterior al arresto, varios capitalistas de los que habían obtenido grandes concesiones recientemente en México le dieron un banquete, en el cual Creel contrató a los mejores abogados del Sur de California para que en todo caso prestaran su concurso a fin de que los tan perseguidos liberales fueran pasados a México de cualquier modo. Estos abogados fueron Henry T. Gage, exgobernador del Estado de California; Gray, Barker y Bowen, asociados con Flint, senador de los Estados Unidos, y con Horace Appel.

Los esbirros que esa vez aprehendieron a nuestros compañeros, después de haberseles frustrado su inicuo cometido,

obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fué abierta cuando grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el Programa Liberal (1), y se declaró nulo el poder

fueron: Thomas H. Furlong, jefe de la Agencia de Detectives de Saint Louis, Mo., y otro esbirro de la misma procedencia, que la hacía de su asistente; de esta ciudad les ayudaron Talamantes y Rico, dos sujetos muy bien conocidos por su proceder.

Muchos meses antes del arresto de Magón y compañeros, circuló una noticia ofreciendo 20,000 dólares por su captura, y según un periódico publicado en esta ciudad, el tal Furlong se jactaba de manifestar que hacía tres años que andaba en persecución de Magón y compañeros; pero que no había perdido del todo ese tiempo, pues que durante él había puesto en manos del Gobierno mexicano ciento ochenta revolucionarios. También dijo entonces que harían todos los esfuerzos posibles para que sus perseguidos fueran pasados a Arizona, y de allí serían forzados a pasar la frontera. Debo añadir que una vez en la prisión los acusados, el procurador general de los Estados Unidos envió un telegrama al procurador del Distrito de Los Angeles en estos términos: "Arreglad el proceso de modo que sea imposible concederles el recurso de amparo a Magón y compañeros, pues deben ser pasados a México a toda costa." Este telegrama fué leído ante el Tribunal de la Corte Federal.

Los encargados de la defensa fueron los abogados Job Harriman y A. R. Holston, quienes en las sucesivas audiencias rechazaron los cargos de: "resistirse" a un oficial, robo, y robo criminal y asesinato de John Doe, que se hacían a sus defensos; sin embargo, éstos siguieron incomunicados y se les fijó la cantidad de 1,000 dólares como fianza, por mera fórmula, pues cuando la fianza iba a ser depositada, se les negó ese derecho. Al fin, después de tenerlos presos cerca de dos años, se les declaró culpables de conspiración para violar las leyes de neutralidad, diz que por el intento de lanzar una expedición armada contra el Gobierno que existía en México en ese tiempo, y fueron sentenciados a dieciocho meses de prisión, habiendo cumplido parte de esa condena en la prisión de Yuma, Arizona, y el resto en la penitenciaría de Florence, Ariz.—"Barbarous Mexico."

(1) El Programa Liberal expedido por la Junta en Saint Louis Missouri, el 1.º de julio de 1906, programa

de la Dictadura. Se efectuó una requisita de caballos y se tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La Revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos contra las familias o las personas neutrales.

José Lugo, que no había tomado parte en los preparativos, la tomó muy activa en los momentos de la acción.

La denuncia paralizó el movimiento de muchos grupos; otros, que pudieron levantarse oportunamente, faltaron a sus deberes de solidaridad, quedándose en un silencio bochornoso.

El Gobierno empezó a destacar tropas sobre la región lagunera, y entonces vino también sobre los valientes insurrectos de Viesca la inundación de la calumnia y de la injuria. Escritorzuelos que ostentan el título de liberales y amigos de los proletarios, emprendieron la tarea de levantar contra los rebeldes el odio ciego de la patriotería nacional (1). Se insinuó unas veces, se aseguró otras, que las armas de los revolucionarios eran facilitadas por los Estados Unidos, que ávidos por adueñarse de México, lanzaban al

que después la misma Junta repudió en su Manifiesto de 23 de septiembre de 1911.

Hay que notar que el radicalismo revolucionario de la Junta fué marchando por etapas ascendentes en el seno mismo del Partido Liberal mexicano. Y en verdad que a muchos anarquistas podrá llamar la atención ese contraste. De aquí que pueda haber gentes que, juzgando superficialmente la labor revolucionaria de la Junta y que no conocen el origen evolutivo de su propaganda, ni su táctica para arrastrar al elemento más revolucionario en México que es el elemento liberal, crean políticos y no anarquistas a todos los miembros de ella. Por esto es que hay que estudiar a fondo su labor revolucionaria para formarse un concepto bien acertado.

(1) Como sucedió con el levantamiento preparado por la Junta Revolucionaria desde Los Angeles, California, para apoderarse de la Baja California y extender desde allá la Revolución emancipadora hacia el interior del país.

motín a unos malos mexicanos, traidores o ilusos, comparados como los de Panamá, como bandidos y forajidos. El epíteto más benigno que se les aplicó fué el de MITOTEROS.

De ese modo los "amigos del pueblo" manifestaron lo que son y lo que valen. Quisieron con sus pobres declamaciones facilitar el aplastamiento de los dignos por los mercenarios del poder y el patrioterismo ignorante de las masas. La brutalidad de la represión podía ejercerse sobre ellos tan ampliamente como agradara al despotismo; ya había entre los liberales mismos quien condenara a los pocos que, para vergüenza del rebaño, habían roto con la pasividad y la mansedumbre. Pero aquellas voces que traían todas las notas de las bajas pasiones, aquellos murmullos que eran el gruñido de una impotencia envidiosa, murieron al llegar al oído de los parias, hermanos de los BANDIDOS insumisos. A pesar de la cobardía, a pesar de la abyección y del envilecimiento que deprimen el carácter de las masas, no se dió entero crédito a la calumnia de los "amigos del pueblo." En lo general, se amaba y se admiraba a los audaces que supieron enfrentarse resueltamente con el poder que espantaba a los viles. La evacuación de Viesca se impuso; los voluntarios de la libertad salieron de su recinto, despedidos por la mirada cariñosa y llena de esperanza de las mujeres proletarias, cuyas simpatías se despertaban delirantes por los transformadores de la paz y el orden, que llevaban sobre sus indómitas espaldas el título de BANDIDOS, como lo habían llevado todos los iniciadores de una reforma, como lo han merecido los libertadores de todas las épocas.

Hacia la serranía, hacia las montañas amigas, se encaminaron sus pasos. Allí el núcleo se quebró obedeciendo a un nuevo plan; la cantidad se descompuso en unidades proyectadas en todas direcciones, adonde irían a crear nuevas organizaciones rebeldes, repitiendo el fenómeno biológico de ciertas especies zoológicas que se reproducen en sus fragmentos.

Viesca dió a conocer caracteres como Lugo y otros, cuyos nombres todavía no es tiempo de mencionar.

Viesca desenmascaró a los liberales de conveniencia, y excluyó de la Revolución elementos dañados con el temor o la incompetencia (1).

En 1908 las tropas de la tiranía no vencieron en ninguna parte. La traición aplazó el triunfo de la Revolución: fué todo.

PALOMAS

Este capítulo de historia libertaria debería llamarse FRANCISCO MANRIQUE; debería llevar el nombre de aquel joven, casi niño, muerto por las balas de la tiranía el 1.º de julio de 1908 en el poblacho fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semidesconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario (2). Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar la Revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

Había brillado ya el alba roja de Las Vacas, y Viesca, evacuada por la Revolución, retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros BANDIDOS, cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó, con un puñado de

(1) Entre estos liberales y elementos atemorizados o incompetentes se cuentan varios "revolucionarios" que se eliminaron del movimiento de la Junta; más tarde figuraron como "generales" maderistas, carrancistas, convencionistas, etcétera.

(2) Entre ellos se encontraba el mismo Praxedes G. Guerrero, Francisco Manrique, Enrique Flores Magón, Manuel Banda y José Inés Salazar, quien más tarde traicionó a la Revolución, uniéndose a Victoriano Huerta.

cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercibido a recibirlo con incontables elementos de resistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que hunde sus tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el Grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estratégico adoptado, pero convenía atemorizar a los rurales y guardas fiscales que lo garantizarían para cruzar el desierto sin ser molestados por su vigilancia.

En el camino los hilos telegráficos fueron cortados de trecho en trecho.

Las carabinas empuñadas y listas a disparar, los soldados echados hacia atrás, el paso cauteloso y a la vez firme, el oído atento a todos los sonidos y el ceño violentado para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas a ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales, obligando a los hombres del lugar a tomar las armas, se habían encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos a la espalda, tranquilizando de paso a las mujeres, explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel, y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron, con los fogonazos de los fusiles, el número de sus defensores. Adentro había el doble o más de hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Wíchester, y las bombas que hubieran resuelto en pocos segundos la situación, resultaron demasiado pequeñas.

Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel; ba-

tiéndose a pecho descubierto y a dos pasos de las traidoras aspilleras, que escupían plomo y acero, cayó mortalmente herido.

La lucha continuó; las balas siguieron silbando de alto abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol, y Pancho palidecía también, invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiendo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsa.

Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión a todos los lugares que se pudiera.

La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

Pancho, desmayado, parecía haber muerto.

El interés de la Causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional, y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Le interrogaron y tuvo la serenidad de contestar a todo, procurando con sus palabras ayudar indirectamente a sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcidamente que si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quiénes lo acompañaron, procuraría aniquilarlos si la Revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres: nada que sirviese a la tiranía.

Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad o adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal, a veces ruda, pero siempre sincera. Y él, que habría desdeñado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un

nombre convencional —Otilio Madrid— para salvar a la Revolución y a sus compañeros.

Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en la misma banca. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la Revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades: era un joven profundamente bueno, a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad.

Pancho renunció el empleo que tuvo en el ramo de Hacienda, en el Estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual sacrificó su existencia, tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo dominear con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas, porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre, renunció la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del Gobierno, se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y altiva. Era un rebelde del tipo moral de Bakunin: la acción y el idealismo se amalgamaban armoniosamente en su cerebro. Dondequiera que la Revolución necesitaba de su actividad, allá iba él, hubiera o no dinero, porque sabía abrirse camino a fuerza de astucia, de energía y de sacrificios.

Ese fué el Otilio Madrid, a quien llamaron el CABECILLA de los BANDIDOS de Palomas. Ese fué el hombre que vivió para la verdad y expiró envuelto en una mentira sublime y en cuyos labios pálidos palpitaban en el último minuto dos nombres: el de su madre querida y el mío, el de su hermano que todavía vive para hacer justicia a su memoria y continuar la lucha en que él derramó su sangre; que vive para apostrofar al pasivismo de un pueblo con la heroica y juvenil silueta del sacrificado de Palomas....

¿Cuántos fueron los hombres del Gobierno que perecieron en este combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

La naturaleza se alió al despotismo.

El grupo fué vencido por esa terrible amazona del desierto: la Sed; llama que abrasa, serpiente que estrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médanos. Ni el sable ni el fusil.... La Sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía.... Y, a lo lejos, el miraje del lago cristalino, riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina impotente para batir a la fiera amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo.

LA MUERTE DE LOS HEROES

Después del estremecimiento de Viesca, las prisiones recibieron abundante suplemento de huéspedes. Al lado del anciano y del hombre llegaba el adolescente a hundirse en la penumbra de los calabozos. Rebeldes y sospechosos se amontonaban confundidos en el infecto recinto de los presidios. Tras del espía y del soldado, se presentó el juez, con la consigna en el bolsillo. Los culpables comparecieron a responder de sus delitos ante la barra del despotismo. Desenvolvióse el proceso; un proceso como todos los que la ceguera, el miedo y la pasión construyen. Se pronunció sentencia.

Lorenzo Robledo: veinte años de reclusión.

Lucio Chaires: quince años.

Juan B. Hernández: quince años.

Patricio Plendo: quince años.

Félix Hernández: quince años.

Gregorio Bedolla: quince años.

Leandro Rosales: quince años.

José Hernández: quince años.

Andrés Vallejo: quince años.

Juan Montelongo: tres años.

Julián Cardona: quince años.

Los once, a Ulúa; al viejo Ulúa de las tinajas inquisitoriales.

Para José Lugo, la pena de muerte.

Su juventud vigorosa, su audacia, su personalidad simpática y resuelta hirieron la mente atrabiliaria de los verdugos. Fusilarían a la Revolución en el pecho de aquel joven tan valiente y altivo. El frío de su cadáver apagaría la brasa que chispeaba.

Lugo afrontó sin inmutarse las consecuencias de sus acciones de libertario; se negaba a delatar a sus compañeros y abofeteó con su verbo de libertad y de justicia a los sicarios que le enviaron al patíbulo. La ejecución fué aplazándose, y Lugo vivió largos meses en la prisión, esperando diariamente la muerte con la tranquilidad del consciente; tratando con fraternal bondad al amigo que torpemente le entregó a los opresores. En sus labios no asomó nunca la recriminación o la queja.

Era inmenso aquel joven que espantó a sus jueces con la grandeza de su carácter.

Llegó al fin el momento que el despotismo creyó oportuno, y José Lugo fué conducido a un corral; quisieron ponerle una venda; la rechazó desdeñosamente; se colocó firme, sereno, sin alteración en el pulso, frente a la escuadra de soldados, que pálidos descargaron sus armas en pecho heroico.

Luego, la plancha; la exhibición salvaje de un cadáver agujereado para causar terror en los ánimos. Una madre desolada. La Tiranía más débil. La Revolución en pie. ¡José Lugo inmortal! Una fecha que no olvidaremos: 3 de agosto de 1908.

La ardiente Siberia yucateca tuvo un hermoso sacudimiento de energías rebeldes; sus vibraciones llenan todavía la trágica aridez de sus estepas. La III-

DRA, cortada en pedazos, se reproduce en cada uno de ellos.

Tras de Valladolid se repiten los hechos que sacudieron a Viesca. Hinchimiento de cárceles, persecuciones absurdas, asesinatos inútiles, cobardes ensañamientos represivos.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos son llevados violentamente a un Consejo de Guerra: la "justicia" no fué allí el leguleyo artero y solapado, sino la bestia uniformada. Rápidamente, con la rapidez denunciadora del pánico oficial, se instruyó un sumario, y los tres rebeldes recibieron su sentencia de muerte, ya que no quisieron dedicar sus vidas a la sumisión y al servilismo. Su magnífica serenidad no se alteró al oír el fallo. Dos de ellos llamaron a las prometidas de sus amores para verificar sus bodas junto al cadalso; ¡mujeres fuertes, compañeras dignas de tales bravos! La vida palpité intensamente sobre el abismo que se abría.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos rodaron por el suelo frente al cuadro fatídico, para levantarse como enseñanzas de fortaleza y rebeldía. Luego, el luto de las viudas. Los periódicos viles aplaudiendo o justificando a la "justicia." La Tiranía agonizante. ¡La Revolución en marcha! Un nuevo error apresurando el desquiciamiento del mundo viejo.

¿Y el pueblo?.....

¡Ah! Si Lugo, si Albertos, Ramírez Bonilla y Kankum, no conmueven la conciencia de los mexicanos, yo negaré a ese pueblo hasta el desprecio de mi saliva!

LAS REVOLUCIONARIAS

La causa de la libertad tiene también enamoradas. El soplo de la Revolución no agita solamente las copas de los robles: pasa por los floridos cármenes y sacude las blancas azucenas y las tiernas violetas. Aliento de lucha y esperanza, acariciando a las dolientes pasionarias, las transforma en rojas y altivas camelias.

Nuestro grito de rebelión ha levantado tempestades en muchas almas femeninas nostálgicas de gloria. El ideal conquista sus proselititos entre los corazones limpios, y la justicia elige por sacerdotisas a las heroínas que adoran el martirio; las irresistibles seducciones del peligro tienen el mismo atrayente imán para todos los espíritus grandes: por eso, cuando el odio de los déspotas nos acomete más fieramente, el número de las arrogantes y animosas luchadoras se multiplica.

No envidiamos a Rusia sus bellas revolucionarias: en torno de nuestra bandera acibillada se agrupan las obreras de la revolución, fuere a las persecuciones salvajes y a las traiciones infames; gracias al furor desbordado de los tiranos, la pureza de nuestra causa ha encontrado franco asilo en el delicado pecho de la mujer. La lucha redentora que sostenemos se ha hecho amar de la belleza, y amar, no con el platonismo inútil de los caracteres, sino con la pasión ardorosa, activa y abnegada que lleva a los apóstoles al sacrificio.

La resignación llora en la triste sombra del gineceo; el fanatismo destroza inútilmente sus rodillas ante la pena de los mitos insensibles; pero la mujer fuerte, la compañera solidaria del hombre, se rebela: no adormece a sus hijos con místicas salmodias, no cuelga

al pecho de su esposo ridículos amuletos, no detiene en la red de sus caricias al prometido de sus amores; viril, resuelta, espléndida y hermosa, arrulla a sus pequeños con cantos de marseleses, prende en el corazón de su esposo el talismán del deber y al amante le impulsa al combate, le enseña con el ejemplo a ser digno, a ser grande, a ser héroe.

¡Oh, vosotras las luchadoras que sentís ahogaros en el ambiente de la ignominiosa paz! ¡Cuánta envidia causaréis con vuestros ímpetus de divinas iluminadas a los hombres débiles, a los hombres mansos que forman el esquilmado rebaño que baja estúpidamente la cabeza cuando siente en sus lomos el ultraje del fuerte!

Vosotras las inspiradas por el ígneo espíritu de la sublime lucha; vosotras las fuertes, las justicieras, las hermanas del esclavo rebelde y no las siervas envilecidas de los señores feudales; vosotras que habéis hecho independiente vuestra conciencia cuando millares de hombres viven aún en la sombra medrosa del prejuicio, cuando todavía muchas nervudas manos permanecen enclavijadas en ademán de súplica ante el rebenque implacable y odioso de los amos; vosotras que levantáis los indignados brazos empuñando la rojiza tea, y que erguís las soñadoras frentes en épica actitud de desafío, sois las hermanas de Leona Vicario, de Manuela Medina y de la Corregidora, y hacéis enrojecer de vergüenza a los irresolutos, a los viles encariñados con el oprobio de la ergástula. ¡Cómo temblarán los protervos cuando el rayo colérico de vuestras hermosas pupilas fulgure sobre ellos, anticipándose al golpe del libertario acero!

Cuando la mujer combate, ¿qué hombre, por miserable y pusilánime que sea, puede volver la espalda sin sonrojarse?

Revolucionarias: ¡el día que nos veais vacilar, escupidnos al rostro!

PUGIL

El rudo combate que hemos sostenido no ha debilitado nuestras fuerzas; las rebeldías de nuestras almas continúan lanzando el rayo acusador sobre las cabezas de los malvados. Nos hemos sentido al borde de un abismo, el de los odios de los poderosos, y hemos echado pie adelante sin un temblor en el corazón porque sabemos que el vórtice es una sima cuando lo aborda la verdad.

Muchos de nuestros compañeros han caído, y sobre nosotros está suspendida la amenaza, una jauría famélica nos cerca esperando el momento de hincarnos el colmillo; hoy, mañana, a cualquier hora, en cualquier sitio podemos sucumbir; pero mientras tanto nuestra pluma, barreta incansable y demoledora, sigue expugnando inexorable y tenaz las trincheras del crimen, abriendo el camino al porvenir vengador y justiciero, porque las venganzas del pueblo son las justicias de los derechos del hombre cuando éstos juzgan a los privilegios del amo.

Nuestro silencio sólo puede ser conseguido con la muerte; pero aun así, la pluma rebelde que empuñamos seguirá implacable cercenando el manto del César para enseñar a la espada el camino de su podrido corazón; el espíritu inmortal de la revolución identificado en ella, encontrará cien manos dispuestas a sus lernos en la brega. Bien pueden los tiranos eliminarnos como a nuestros camaradas; no adelantarán con ello una sola pulgada: lograrán tan sólo hacer más grande la hoguera de la rebelión, alcanzarán más presto el último collar: el del dogal.

Nuestro batallar es épico; tenemos por armas nues-

tras cadenas, que romperemos en la frente de los despotas; no nos cubriremos el pecho: desnudo como está lo ofrecemos al golpe de los esbirros. Hemos planteado el dilema en esta forma: la vida o la muerte; la vida para nosotros es el triunfo, la muerte es la sola fuerza que nos puede cortar el paso."

Estamos de pie, no doblaremos la rodilla ante ningún poder. Damos frente al enemigo; no volveremos la espalda ante ningún peligro.

EL OBJETO DE LA REVOLUCION

¿Por qué, si quieres la libertad, no matas al tirano y evitas de ese modo los horrores de una gran contienda fratricida? ¿Por qué no asesinas al déspota que oprime al pueblo y ha puesto precio a tu cabeza? —me han preguntado varias veces.— Porque no soy enemigo del tirano, he contestado; porque si matara al hombre, dejaría en pie la tiranía, y a ésta es a la que yo combato; porque si me lanzara ciegamente a él, haría lo que el perro cuando muerde la piedra inconsciente que le ha herido, sin adivinar ni comprender el impulso de donde viene.

La tiranía es la resultante lógica de una enfermedad social, cuyo remedio actual es la Revolución, ya que la resistencia pacífica de la doctrina tolstoiana sólo produciría en estos tiempos el aniquilamiento de los pocos que entendieran su sencillez y la practicarán.

Leyes inviolables de la naturaleza rigen las cosas y los seres: la causa es creadora del efecto; el medio determina de una manera absoluta la aparición y las cualidades del producto; donde hay materias putrefactas sobreviene el gusano; dondequiera que asoma y se desarrolla un organismo, es que ha habido y hay elementos para su formación y nutrimiento. Las tiranías, los despotismos más sangui-narios y feroces, no quebrantan esa ley, que no tiene escotillones. Existen; luego a su derredor prevalece un estado especial de medio ambiente, del cual ellos son el resultado. Si ofenden, si dañan, si estorban, ha de buscarse su anulación en la transformación de

ese mórbido medio ambiente, y no en el simple asesinato del tirano. Para destruir la tiranía es ineficaz la muerte aislada de un hombre, por más que él sea zar, sultán, dictador o presidente, que equivale a procurar la desecación de un pantano matando de cuando en cuando las sabañijas que en él nacen.

Si fuera de otra manera, nada más práctico y sencillo que ir hacia el individuo y despedazarlo. La ciencia moderna pone en nuestras manos instrumentos poderosos de una eficacia segura y terrible, los que manejados una vez y haciendo un número insignificante de víctimas, realizarían la libertad de los pueblos, y la Revolución no tendría excusa ni objeto.

Para una mayoría de las gentes, revolución y guerra tienen igual significado: error que a la luz de atrevidos criterios hace aparecer como barbarie el supremo recurso de los oprimidos. La guerra tiene las invariables características del odio y las ambiciones nacionales o personales; de ella sale un beneficio relativo para un individuo o grupo, pagado con la sangre y el sacrificio de las masas. La revolución es el sacudimiento brusco de la tendencia humana hacia el mejoramiento, cuando una parte más o menos numerosa de la humanidad es sometida por la violencia a un estado incompatible con sus necesidades y aspiraciones. Contra un hombre se harán guerras, pero nunca revoluciones; aquéllas destruyen, perpetuando las injusticias; éstas mezclan, agitan, confunden, trastornan y funden en el fuego purificador de ideas nuevas, los elementos viejos envenenados de prejuicios y carcomidos de polilla, para sacar del ardiente crisol de la catástrofe un medio más benigno para el desarrollo y la expansión de los seres. La revolución es el torrente que desborda sobre la aridez de las campiñas muertas, para extenderse sobre ellas el limo de la vida que transforma los eriales de la paz forzada, donde sólo habitan reptiles, en campos fértiles acondicionadas para la espléndida floración de las especies superiores.

Los tiranos no surgen de las naciones por un fenómeno de autogeneración. La ley universal del determinismo los sube a las espaldas de los pueblos. La misma ley, manifestada en el poderoso transformismo revolucionario, los hará caer para siempre, asfixiados como el pez que fuera privado de su morada líquida.

La Revolución es un hecho plenamente consciente, no el espasmo de una bestialidad primitiva. No hay inconsecuencia entre la idea que guía y la acción que se impone.

EL MEDIO Y EL FIN

Tiranos y criminales vulgares están igualmente sujetos a la ley natural del determinismo, y aunque sus actos nos horroricen e indignen, hemos de convenir, con la justicia en la irresponsabilidad de unos y otros; pero sin llegar a las consideraciones absolutas, podrá decirse que la tiranía es el más disculpable de los crímenes, porque ningún individuo puede cometerlo si no concurren a ello circunstancias muy, complejas, extrañas a su voluntad y fuera del poder del hombre más apto y mejor dotado de cualidades para el mal. En efecto, ¿existiría un tirano sobre un pueblo que no le diera elementos para sostenerse? Un malhechor común puede cometer sus fechorías sin la complicidad de sus víctimas; un déspota no vive ni tiraniza sin la cooperación de las suyas de una parte numerosa de ellas; la tiranía es el crimen de las colectividades inconscientes contra ellas mismas y debe atacársele como enfermedad social por medio de la revolución, considerando la muerte de los tiranos como un incidente inevitable en la lucha, un incidente nada más, no un acto de justicia.

Las dos pesas y las dos medidas carecen de uso en el criterio libertario; la ciencia, negando el libre arbitrio en los enemigos, destruye la base de las actuales y bárbaras instituciones penales; los revolucionarios no establecemos criterios diferentes para los actos del malhechor en grande y el malhechor en pequeño, ni hemos de buscar subterfugios para barnizar las violencias que inevitable y necesariamente tienen que acompañar al movimiento libertador; las deploramos y nos repugnan, pero en la disyuntiva de seguir inde-

finidamente esclavizados y apelar al ejercicio de la fuerza, elegimos los pasajeros horrores de la lucha armada, sin odio para el tirano irresponsable, cuya cabeza no rodará al suelo porque lo pida la justicia, sino porque las consecuencias del largo despotismo sufrido por el pueblo y las necesidades del momento, lo impondrán en la hora en que rotos los valladares del pasivismo, den franca salida a los deseos de libertad, exasperados por el encierro que han padecido, por las dificultades que siempre han tenido para manifestarse.

Vamos a la lucha violenta sin hacer de ella el ideal nuestro, sin soñar en la ejecución de los tiranos como en una suprema victoria de la justicia.

Nuestra violencia no es justicia: es simplemente necesidad que se llena a expensas del sentimiento y del idealismo, insuficientes para afirmar en la vida de los pueblos una conquista del progreso. Nuestra violencia no tendrá objeto sin la violencia del despotismo, ni se explicaría si la mayoría de las víctimas del tirano no fueran cómplices conscientes o inconscientes de la injusta situación presente; si la potencia evolutiva de las aspiraciones humanas hallase libre ambiente para extenderse en el medio social, producir la violencia y practicarla sería un contrasentido; ahora es el medio práctico para romper añejos moldes que la evolución del pasivismo tardaría siglos en roer.

El fin de las revoluciones, como lo hemos dicho muchas veces, es garantizar para todos el derecho a vivir, destruyendo las causas de la miseria, de la ignorancia y el despotismo; desdénando la gríta de sensible- ría de los humanitaristas teóricos.

EL ARGUMENTO DE FILOGONIO

Cruzando un río volcóse una barca donde iban Filogonio y sus compañeros; algunos entre ellos sabían nadar y trataron de ganar la orilla remolcando a los que por temor o ineptitud se dejaban arrebatar por la corriente. Filogonio fué hábil para mantenerse a flote durante unos minutos; pero no nadó hacia la ribera, ni remolcó a nadie: solamente habló en nombre de la prudencia y del bien común a los que disputaban su vida con las aguas.

—¡Imbéciles! ¿Qué hacen ustedes?, ¡imprudentes! ¿no ven que con tales esfuerzos y dando tales brazadas podemos todos morir de cansancio? Calmos en esta odiosa corriente por culpa de alguno de nosotros; ahora lo prudente es maldecir y protestar en contra de ella y no hacer esos movimientos, porque podría suceder que muriéramos de fatiga, que es la peor de las muertes.

Y Filogonio, gritando cada vez más irritado a los que luchaban por alcanzar la orilla, se fué alejando, arrastrado por el río. Desaparecía entre las olas dando tragos de agua, y cuando volvía a la superficie, tornaba a exclamar: ¡Imbéciles! Van a morir de fatiga.

El cuento parece inverosímil. Sin embargo, por ahí, en el mundo, corren algunos hábiles y prudentes *patriotas* que usan y abusan del argumento de Filogonio, sin parecer locos, sino muy inteligentes y cuerdos sujetos.

La amenaza del Norte, el peligro norteamericano ha sido y es para muchos la razón patriótica de más peso para oponerse a la revolución. El temor a la absorción yanqui, explotado por la Dictadura y explo-

tado por ciertos elementos de la oposición platónica y del apostolado "transante," han hecho al pueblo mexicano olvidar en parte el peligro real en que lo han precipitado los traficantes del Gobierno.

Durante la violenta paz porfirista han caído en la amenazadora corriente del capitalismo yanqui, los grandes y pequeños intereses de México: las fuentes naturales de riqueza, minas, bosques, tierras, pescaderías; y rápidamente la dependencia a los financieros de los Estados Unidos, ha sido un hecho nacional en el orden político y en el orden económico. La voluntad de los multimillonarios yanquis es en la actualidad el factor más potente del *statu quo* mexicano. Esto es sabido y sentido por los mexicanos y reconocido por los extranjeros. La paz en México, tal y como es hoy día, constituye el medio más favorable para su completa absorción en la ambiciosa corriente del imperialismo del Norte, que trabaja por conservarla, entendido como lo está de que una revolución, si no arranca por completo la presa de sus manos, si disminuirá considerablemente su preponderancia, y las probabilidades de dominio absoluto que ahora tiene el futuro de México.

Unos de mala fe y otros por ignorancia dicen que los Estados Unidos esperan un movimiento revolucionario en México, para intervenir, enviar su escuadra y sus tropas y declarar la anexión en cualquier forma. Y aconsejan que se conserve la paz a toda costa, aun al precio mismo de la esclavitud, para no dar lugar a que el poderoso y omnipotente Gobierno de Washington nos declare provincia yanqui.

El argumento es pueril, como cándido es el consejo. El Gobierno de los Estados Unidos, instrumento y servidor del capitalismo, no espera ni desea una revolución en México; al contrario, la teme. Todos sus actos lo han demostrado plenamente. Atropellando los principios más triviales de justicia, el Gobierno yanqui ha trabajado por aniquilar a los revolucionarios mexicanos, lanzándose contra ellos con una saña sin pre-

cedente en su historia, escrita en actos de diferente complacencia hacia todos los revolucionarios que han buscado refugio en su territorio y que han organizado desde él muchos movimientos triunfantes o fracasados. Esta persecución ha tenido incidentes que revelan el interés particular que el capitalismo yanqui pone en que la paz actual no se quebrante, interés que está muy lejos de ser el simple deseo de apurar el resorte de los tratados internacionales para salvar el poder de un déspota amigo, sino que es el esfuerzo desesperado del que combate a un enemigo propio, del que siente que le arrebatan un tesoro del que ya se creía indiscutible dueño. De otra manera el Gobierno de Washington no habría llamado con tanta frecuencia y audacia a la puerta del desprestigio, ni hubiera levantado con sus violencias y abusos ese gran movimiento de indignación que ha forzado la investigación (1) que se está llevando en el Congreso para el esclarecimiento de los crímenes cometidos con los liberales mexicanos en los Estados Unidos.

En los Estados Unidos, como en todas partes, hay gentes honradas que se oponen al imperialismo de su Gobierno y a la rapacidad del capitalismo que ha venido minando las antiguas libertades republicanas (2). El socialismo, fuerza en continuo desarrollo, se extiende por las praderas del Oeste, escala las ver-

(1) Esta investigación fue ordenada por mayoría de votos de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a moción de los representantes Nolan, de Calif., y Wilson, de Pennsylvania, y fue apoyada por varios miembros del Senado, entre ellos el senador republicano La Follette, de Wisconsin, quedando demostrado por esta investigación que la dictadura de Porfirio Díaz empleó a las autoridades federales de los Estados Unidos, y a los sheriffs y ayudantes de las Entidades fronterizas para perseguir a los revolucionarios mexicanos, lo cual causó enorme sensación en todo el país y obligó a los periódicos a denunciar en fuertes términos los actos atentatorios de Porfirio Díaz, quien desde entonces comenzó a perder todo el prestigio que a fuerza de oro y plumas serviles habíase conquistado allende el Bravo.

(2) Praxedis se refiere al socialismo revolucionario que se propagaba en aquel tiempo en los Estados Unidos.

tientes de los montes rocallosos, se agita en las enormes ciudades del Este, penetra en las selvas del Sur, toma asiento en el escritorio de la intelectualidad, se difunde en las minas, en los ferrocarriles, en los campos, en las fábricas, y se levanta frente al Capitalismo para decirle: "No pasarás de aquí." Las uniones obreras, cada día más numerosas y radicales, ganan terreno en sus disputas con los patronos; y gracias a los trabajos y persecuciones de los revolucionarios mexicanos, han abierto los ojos en la cuestión mexicana para ver la relación que la esclavitud y el peonaje de México tienen con la situación de ellos. El trabajo barato de allá es el gran enemigo del trabajo organizado aquí. El capitalismo yanqui tiene en cuenta estos dos factores: socialismo y unionismo; los suma al problema negro, cada día más agudo, a la liquidación pendiente con el Japón, a los fermentos emancipadores de Filipinas, al descontento de la América española, al crecimiento de la idea civilizadora que rechaza las guerras de conquista, a la resistencia que un pueblo en rebelión ofrecería a la dominación armada en un extenso territorio cubierto de montañas; y sabiamente trata de prolongar la paz existente, que le permite usar de México como de un almacén de esclavos baratos y de un depósito inagotable de recursos materiales.

Tal vez si la revolución mexicana fuera acaudalada por un ambicioso y no llevara, como lleva, tendencias poderosas de reforma social y económica, el capitalismo yanqui, por medio de sus hechuras en el Gobierno, asiría la oportunidad ayudando al pretendiente, para tener con él iguales privilegios que con el tirano viejo que se debilita y que forzosamente desaparecerá. Pero en cualquier caso, la empresa de conquistar a México a sangre y fuego sería una aventura de malos resultados.

Los Estados Unidos no quieren la revolución en México; eso está plenamente demostrado en su conducta. El peligro de la absorción y de la conquista no es una amenaza para el futuro; cuando el pueblo mexicano

quiera obtener su libertad por el único medio práctico, por medio de la revolución; es un peligro de actualidad; es la corriente que nos arrastra y de la cual no saldremos con pasividad; estamos ya en ella y es preciso nadar, nadar vigorosamente hacia la orilla, aunque Filogonio nos grite que así podemos morir de fatiga.

Los rebaños de borregos no imponen respeto a nadie. Sólo don Quijote pado ver en ellos escuadrones de combatientes.

Un pueblo pasivo es la esclavitud, es miel sobre hojuelas para los ambiciosos explotadores. Un pueblo revolucionando por su libertad y derecho, se hace temible a los conquistadores.

Dejemos a Filogonio y a los *prudentes* que arguyan sobre los peligros de la fatiga. Nademos para salir de la corriente.

Extracto de la disertación dicha en la sesión del Grupo "Regeneración" la noche del domingo 6 de noviembre de 1910 en el Labor Temple.

LA MUJER

Siempre han sido el niño y la mujer las víctimas escogidas de la barbarie, y sólo en ciertos países ha gozado la primera de algunos privilegios, que en ocasiones la colocan por encima del hombre socialmente, como en los clanes primitivos donde existió el matriarcado. Pero la mujer todavía no ha ocupado el verdadero lugar que como mujer le corresponde en las sociedades.

La Biblia, que consagra la impureza de la mujer, nos dice que el pueblo judío trataba inconsiderablemente a las mujeres y a los niños: los padres tenían derecho absoluto sobre las hijas; las vendían como esclavas o las sacrificaban, como lo demuestra el célebre caso de Jefté, y el atroz culto de Moloch, que puso en práctica la quema de niños vivos, y especialmente de niñas, en todos los pueblos de raza semítica. Los judíos acostumbraron el monopolio de las mujeres por los ricos. Salomón nos da un ejemplo de ello, y debido a eso se produjeron, naturalmente en los pobres, los repugnantes vicios de que la misma Biblia nos habla, acarreado el consiguiente rebajamiento en las costumbres, cuyas víctimas de preferencia lo fueron las mujeres.

En el antiguo Egipto, donde los pobres fellahs construyeron a fuerza de látigo y palo gigantescos monumentos al servilismo y al orgullo, que la erosión de los vientos no ha podido destruir en el transcurso de miles de años, la mujer tuvo privilegios extraordinarios: estipulaba libremente las cláusulas de los contratos matrimoniales, podía obtener el divorcio con sólo manifestar su deseo de no continuar unida a su mari-

do y no pocas veces obligaban a éste a la servidumbre, exactamente como ahora exigen muchos maridos que llevan el título de civilizados, la servidumbre de la mujer.

Las mujeres de la India, por el contrario de las egipcias, padecían la tiranía de horribles costumbres: las viudas se quemaban vivas a la muerte de sus maridos. No eran obligadas por la violencia al sacrificio; los hombres hallaron el medio de llevarlas voluntariamente a la pira inculcándoles absurdas nociones de honor y explotando su vanidad, su orgullo y casta, porque es de saber que sólo las mujeres de los personajes se quemaban. Las mujeres pobres, pertenecientes a las castas consideradas como inferiores, se confundían con sus hijos en la degradación; su vida no ofrece nada de atractivo.

China es otro de los países más funestos para la mujer: la autoridad paternal era y es allí despótica, al igual que la autoridad del marido; "la mujer no es más que una sombra o un eco en la casa," según dice el proverbio; la mujer no puede manifestar preferencia ninguna porque los preceptos del pudor se ofenderían; se ha de considerar contenta con el marido que se le asigna, viejo o muchacho, repugnante o pasadero; el matrimonio es simplemente una venta. La mórbida sensualidad de los chinos llega hasta la mutilación de los pies femeninos y otros refinamientos comunes entre los ricos. Como en la India, en China se acostumbró el suicidio de las viudas, aunque sin la concurrencia de la hoguera y premiándose con inscripciones encomiásticas en los templos. El infanticidio es cosa corriente, sobre todo en las niñas.

Los griegos, con todo y su poderosa mentalidad no fueron muy humanos con sus mujeres; Esquilo, poeta y filósofo, defensor de las instituciones patriarcales. llega a la peregrina teoría de que la mujer no es madre de su hijo, sino un temporal depositario del hijo del hombre. El gineceo era el lugar destinado para las mujeres helénicas; aunque se adiestraban con frecuencia en los gimnasios, y en una época las jóvenes lle-

garon a recibir educación especial para el amor, nunca se las vió en realidad como iguales del hombre. El matrimonio no era cuestión de inclinación; se unía a los jóvenes más robustos y hermosos con las doncellas mejor formadas, como se procede en las ganaderías para el mejoramiento de las razas. Los niños recibían una educación militar; para mantenerse superiores sobre sus esclavos y vecinos, los griegos formaban soldados desde la cuna, sanos de cuerpo, pero mutilados de espíritu, pues el intelecto griego, brillante en algunas facetas, permaneció obscuro en muchas, a pesar de las exageradas alabanzas que se hacen de la cultura ateniense; matando a los niños raquíticos y deformes, ejercitando a los otros en la lucha, en la carrera, en toda suerte de juegos corporales, hicieron buenos guerreros, de cuerpos ágiles, de formas bellas y gallardas; pero con la disciplina detuvieron el desarrollo intelectual de la raza, que de otra manera habría alcanzado alturas y esplendores mayores.

Una tribu de Madagascar, los hovas, puede dar ejemplo de buen trato a la mujer a muchos de los pueblos tenidos por civilizados. También saben las mujeres hovas comprender su situación, que designan respectivamente a sus vecinas las mujeres de los negros del Senegal, civilizados militarmente por los franceses, con el nombre de "mulas," porque estas infelices viven sujetas a los trabajos más rudos y humillantes.

Los columniados beduinos nómadas tienen rasgos que los abonan; entre ellos un delincuente podía librarse del castigo, si lograba colocar la cabeza debajo del manto de una mujer exclamando: "me pongo bajo tu protección."

Diferente, como se ve, ha sido la suerte de la mujer. Entre los judíos fué una esclava impura y vendible, propiedad absoluta del padre. En el Egipto pudo ejercer tiranía sobre el hombre; en la India fué un apéndice que debía desaparecer con el dueño; en la China, víctima de la sensualidad y los celos masculinos, tuvo y tiene una triste suerte; en Grecia se le consideró,

con algunas excepciones, como un objeto; entre los hovas, los beduinos y otras tribus, ha gozado de relativa libertad y de muy simpáticos fueros. Busquémosla ahora en la situación también diversa que guarda en las naciones modernas.

La moral que las antiguas civilizaciones heredaron de los primeros núcleos sociales, conocidos con el nombre de clanes, se ha venido modificando con la evolución de las costumbres, con la desaparición de algunas necesidades y el nacimiento de otras; mas en lo general la mujer permanece fuera del lugar que le corresponde, y el niño que de ella recibe el impulso inicial de su vida psíquica, se encargará, cuando llegue a hombre, de perpetuar el desacuerdo entre las dos partes que forman la humanidad. Ahora ya no se quema a las viudas con el cadáver de sus maridos, ni los padres tienen derecho de vida y muerte sobre sus hijos, como acontecía en Roma; ya no se practican "razzias" a mano armada para proveer de mujeres a los hombres de una tribu, ni se queman niños vivos bajo las narices de Moloch; las leyes escritas y las simples conveniencias sociales ejercen de verdugos de la mujer; la patria potestad se manifiesta aún en mil formas opresivas; la "trata de blancas" para proveer los harenes de los potentados, ocupa el sitio de las "razzias" violentas, y el infanticidio, resultado de la miseria y la mojigatería, es un hecho harto común en todas las clases sociales.

Fuera del campo del liberalismo que reivindica la igualdad de la mujer y del hombre, la tendencia de la época, débil todavía para romper con todos los obstáculos que se ofrecen a la emancipación de la mujer, ha motivado esa desviación conocida con el nombre de "feminismo." No pudiendo ser mujer, la mujer quiere ser hombre; se lanza con un entusiasmo digno de un feminismo más racional en pos de todas las cosas feas que un hombre puede ser y hacer; quiere desempeñar funciones de policía, de picapleitos, de tirano político y de elegir con los hombres los amos

del género humano. Finlandia va a la cabeza de este movimiento; después le siguen Inglaterra y los Estados Unidos.

El "feminismo" sirve de base a la oposición de los enemigos de la emancipación de la mujer. Ciertamente no hay nada atractivo en una mujer gendarme, en una mujer alejada de la dulce misión de su sexo para empuñar el látigo de la opresión, en una mujer huyendo de su graciosa individualidad femenina, para vestir la hibridez del "hombrunamiento."

La teoría bíblica de la impureza de la mujer ha perdido su infalibilidad; la substituye la moderna "inferioridad de la mujer," con su pretendido apoyo en la ciencia.

¡Inferioridad de la mujer! Cuando para ser sinceros deberíamos decir: ¡Eslavitud de la mujer!

Incontables generaciones han pasado sometiendo a los rigores de una educación a propósito a la mujer, y al fin, cuando los resultados de esa educación se manifiestan; cuando los prejuicios acumulados en el cerebro femenino y las cargas materiales que los hombres le echan encima, actúan de lastre en su vida, impidiendo el vuelo franco de su intelecto en los espacios libres de la idea; cuando todo lo que la rodea es opresivo y mentiroso, se viene a la conclusión de la inferioridad de la mujer, para no admitir ni confesar la desigualdad de circunstancias y la ausencia de oportunidades, que a pesar de todo, no han impedido que la emancipación de la mujer se inicie, ayudada por los heroicos esfuerzos de ella misma. Las mujeres revolucionarias, emancipadas morales, contestan victoriosamente el cargo de superficialidad hecho a su sexo; hacen meditar con respetuosa simpatía en la suma del valor, de energía, de voluntad, de sacrificios y amarguras que su labor representa; es el mérito mayor que su rebeldía tiene, comparada con la rebeldía del hombre. El acto de la revolucionaria rusa que se desfiguró el rostro porque su belleza era un estorbo en la lucha por la libertad, revela mentalidad superior. Comparad esa

acción con la de los soldados de Pompeyo, huyendo de las tropas de César, que tenían la consigna de pegarles en la cara; ved a Maximiliano de Austria rechazando la fuga por no cortarse la hermosa barba. ¿De qué lado están la superficialidad, la coquetería estúpida, la vanidad necia? Se acusa de fragilidad a la mujer y ¿se comparan esos deslices que condenan la hipocresía moral con los extratíos homosexuales, con esa prostitución infame de los hombres, tan extendida en todos los países del mundo y practicada escandalosamente por representantes de las clases llamadas cultas, entre los hombres de Estado y la refnada nobleza, como lo hizo saber la pluma irreverente de Maximiliano Harden, en Alemania, como se descubrió ruidosamente en México en un baile íntimo de aristócratas?

La religión, cualquiera que sea la denominación con que se presente, es el enemigo más terrible de la mujer. A pretexto de consuelo, aniquila su conciencia: en nombre de un amor estéril, la arrebató al amor, fuente de la vida y la felicidad humanas; con burdas fantasmagorías, bosquejadas en una poesía enfermiza, la aparta de la poesía fuerte, real, inmensa, de la existencia libre.

La religión es el auxiliar de los déspotas caseros y nacionales: su misión es la del domador; caricia o azote, jaula o lazo, todo lo que emplea conduce al fin: amansar, esclavizar a la mujer en primer término, porque la mujer es la madre y la maestra del niño, y el niño será el hombre.

Otro enemigo no menos terrible tiene la mujer: las costumbres establecidas; esas venerables costumbres de nuestros mayores, siempre rotas por el progreso y siempre anudadas de nuevo por el conservatismo. La mujer no puede ser mujer, no puede amar cuando ama, no puede vivir como la libre compañera del hombre, porque las costumbres se oponen, porque una violación a ellas trae el desprecio, y la bafa, y el insulto y la maldición. La costumbre ha santificado su

esclavitud, su eterna minoría de edad, y debe seguir siendo esclava y pupila por respeto a las costumbres, sin acordarse que costumbres sagradas de nuestros antepasados lo fueron el canibalismo, los sacrificios humanos en los altares del dios *Itz'atzipochtli*, la quema de niños y de viudas, la horadación de las narices y los labios, la adoración de lagartos, de becerros y de elefantes. Costumbres santas de ayer son crímenes o pueriles necedades de hoy. ¿A qué, pues, tal respeto y acatamiento a las costumbres que impiden la emancipación de la mujer?

La libertad asusta a quienes no la comprenden y a aquellos que han hecho su medio de la degradación la miseria ajenas; por eso la emancipación de la mujer encuentra cien oponentes por cada hombre que la defiende o trabaja por ella.

La igualdad libertaria no trata de hacer *hombre* la mujer; da las mismas oportunidades a las dos tacciones de la especie humana para que ambas se desarrollen sin obstáculos, sirviéndose mutuamente de apoyo, sin arrebatarse derechos, sin estoparse en el lugar que cada uno tiene en la naturaleza. Mujeres y hombres hemos de luchar por esta igualdad racional, armonizadora de la felicidad individual con la felicidad colectiva, porque sin ella habrá perpetuamente en el hogar la simiente de la tiranía, el retoño de la esclavitud y la desdicha social. Si la costumbre es un yugo, quebramos la costumbre por más sagrada que parezca: ofendiendo las costumbres, la civilización avanza. *El qué dirán* es un freno; pero los frenos nunca han libertado pueblos, satisfecho hambres, ni redimido esclavitudes.

TRABAJANDO

Sobre el barbecho que reverbera por los rayos del sol, tostado el cutis por la inclemencia de la intemperie, con los pies y las manos agrietados, el labrador trabaja; va y viene sobre el surco; el alba le halla en pie y cuando la noche llega todavía empuña la herramienta y trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para llenar graneros que no son suyos; para amontonar subsistencias que se pudren en espera de una carestía, mientras el labrador y su familia apenas comen; para adquirir deudas que lo atan a los pies del amo, deudas que pasarán sobre las generaciones de sus descendientes; para poder regentar unos cuantos años y producir siervos que labren cuando él muera los campos que consumieron su vida y dar a la bestialidad de sus explotadores algunos juguetes femeninos.

Sudoroso y jadeante en el húmedo fondo de la mina se debate contra la roca un hombre que vive acariaciado por la muerte, a la cual se parece en la palidez del rostro; martillea y dinamita; trabaja con las reumas filtrándose a través de sus tejidos y la tisis bordando sus mortales arabescos en las blanduras de sus pulmones sofocados. Trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que algunos eutes vanidosos se doren los trajes y las habitaciones, para llenar cajas de sórdidos avaros; para cambiar la piel por unos cuantos discos metálicos, fabricados con las piedras que él ha hecho salir a la superficie a toneladas; para morir joven y abandonar a la miseria a los hijos queridos.

En destartallada casucha, sentada en humilde silla, una mujer cose; ha comido mal, pero cose sin descanso; cuando otros salen de paseo, ella cose; cuando

do otros duermen, ella cose; huye el día, y a la luz de una lámpara sigue cosiendo, y poco a poco su pecho se hunde y sus ojos necesitan más y más la proximidad de la pobre lámpara que le roba su brillo, y la tos viene a hacerse la compañera de sus veladas. Sedas, hermosas y finas telas, pasan bajo su aguja; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabajar? Para que ociosas mujeres, damas aristocráticas, concurren al torneo de la ostentación y la envidia; para surtir lujosos guardarrropas, donde se picarán los trajes en tanto que ella viste de harapos su vejez prematura.

Envuelta en llamativos adornos, cargada de acres perfumes, teñido el rostro marchitado y fingiendo acentos cariñosos, la prostituta acecha el paso de los hombres frente a su puerta maldecida por la gazmoñería misma que la obligó a llevar al mercado social los efímeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja, horrible trabajo el suyo, siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir sucias enfermedades; pagar al Estado moralizador el impuesto del vicio y expiar en el asco y la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allá, lejos de la opulenta morada, a disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja, también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudecer miserias en las casuchas; para quitar, al que fabrica sus riquezas, el pan y el abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho a vivir que la naturaleza concedió a todos; para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilma sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hojear procesos; hurga en las declaraciones de los presuntos delincuentes; vio-

lenta la inventiva criminalologista de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para hacer respetados y temidos los caprichos de los déspotas, para presentar siempre a los ojos de los hombres la espantable cabeza de Medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto a las puertas; sus ojillos inquietan por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía; sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; se disfraza, pero no se oculta; el esbirro tiene un olor propio que lo denuncia; tan pronto es gusano como es una serpiente; se agita, se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos; se pega a las paredes como si quisiera chupar los secretos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche a la emancipación.

Señalando el cielo con un dedo simoníaco y de letreando páginas de absurdos libros, corre el sacerdote a casa de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece en el despojo; habla mentira en nombre de la verdad, reza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer a los pueblos y dividirse con los déspotas la propiedad de la tierra.

Y, obscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vibran como clarines de tempestad; vaga, y enciende con la llama de su verbo las conciencias apagadas, siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraiesa las multitudes llevándoles la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados, y

el minero, sin sacrificar la vida, tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que ennobleciendo y perpetuando a la especie, una a dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez, ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta desaparezcan; para que la tiranía, el despotismo y la ignorancia mueran; para que la justicia y la libertad, igualando racionalmente a los seres humanos, los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada quien tenga, sin descender al fango, asegurado el derecho a la vida.

EL INTERES VERDADERO DEL BURGUES Y DEL PROLETARIO

Buscando la felicidad muchos individuos pasan el tiempo dedicando sus fuerzas a la defensa de intereses falsos, alejándose del punto objetivo de todos sus afanes y aspiraciones: el mejoramiento individual y convirtiendo la lucha por la vida en la guerra feroz contra el semejante.

Se oponen los privilegiados, con toda la fuerza que les presta la ignorancia atemorizada, a la emancipación de los proletarios; la ven como una horrible desgracia, como una catástrofe, como el fin de la civilización —cuando apenas es el comienzo de ella—, como un peligro que debe ser combatido con el hierro y con el fuego, con todas las armas de la astucia y de la violencia, y se oponen, sencillamente, porque no comprenden sus intereses verdaderos, que son los mismos para cada entidad humana.

Robar a otro el pan es poner en peligro cierto el propio sustento. Arrebatarse a otros la felicidad, es echarse cadenas. Destruir la ajena felicidad para fabricar la nuestra con sus despojos, es una necesidad. Porque pretender levantar la dicha propia sobre la miseria y el dolor de los demás, es igual a querer fortificar un edificio, comenzando por destruir sus cimientos. Y, sin embargo, la mayoría de las gentes, engañadas por la apariencia de sus falsos intereses, así caminan por el mundo en busca del bienestar, llevando por bandera este principio absurdo: hacer daño para obtener provecho.

En la satisfacción completa de las necesidades morales y físicas, en el disfrute de la vida, sin amenazas

ni cargas que la amarguen, están radicados tanto el interés particular de los individuos, como el de la colectividad. Los que se opongan a ellos, rompiendo los lazos de solidaridad que la naturaleza estableció entre los miembros de la especie, laboran en contra de sí mismos; hiriendo a los otros se hace imposible el bienestar, que no puede ser duradero ni cierto, en medio de una sociedad que duerme sobre espinas; de una sociedad donde el hambre pasea su rostro lívido frente a las puertas de los almacenes repletos; donde una parte de los hombres, trabajando hasta el agotamiento, sólo pueden vestir mal y comer peor; donde otra parte de ellos arrebatan a los productores lo que sale de sus manos y de su inteligencia, para enterrarlo a la polilla o al estancamiento inútil; en una sociedad desequilibrada, donde sobran riquezas y abundan miserias; donde el concepto justicia tiene tan inicua interpretación, que se mantienen instituciones bárbaras para proseguir y martirizar a las inocentes víctimas de las aberraciones del medio.

La herencia, la educación, la desemejanza de las circunstancias de vida habrán creado diferencias profundas, morales y hasta físicas entre burgueses y proletarios; pero una ley natural los mantiene reunidos en una sola tendencia: el mejoramiento individual. Ahí radica el interés verdadero de cada ser humano. Conocido eso, precisa obrar racionalmente, sobreponiéndose a los prejuicios de clase y dando la espalda a los romanticismos. Ni la Caridad ni el Humanitarismo, ni la Abnegación, tienen poder bastante para emancipar la humanidad, como lo tiene el EGOÍSMO CONSCIENTE.

Allí, donde los burgueses sean bastante sabios para comprender que la transformación del sistema presente es inevitable y que vale más para sus propios intereses facilitar esa transformación que oponerle necia resistencia, el problema social que agita en estos momentos todos los rincones del mundo perderá su aspecto de tragedia y se resolverá blandamente en be-

neficio para todos. Aquellos habrán ganado con la libertad el completo derecho a la vida; éstos habrán perdido con lo superfluo, el temor a perderlo todo. Y sin duda que los privilegiados de hoy serán los que mejor parte saquen. En lo general, y eso debería avergonzarlos, son incapaces para servirse a ellos mismos; hay algunos que hasta para comer y echarse a dormir necesitan la ayuda de un esclavo. Cuando éste les falte, adquirirán hábitos distintos, que harán de ellos seres útiles y activos, aptos para unir su impulso al esfuerzo colectivo que se aplicará entonces sobre las brusquedades y asperezas de la naturaleza, no ya en la imbecil pugna del hombre contra el hombre.

Pero si los intereses falsos siguen ejerciendo influencia dominante en el cerebro de los burgueses, y si una parte de los trabajadores continúa como hasta hoy, oponiéndose con su pasividad o sus traiciones a la causa del trabajo, su causa, el cambio se impondrá por la violencia aplastando a los obstruccionistas del progreso.

LA INCONVENIENCIA DE LA GRATITUD

Los abusos de los poderosos, las misérias del pueblo, las injusticias que sangran la espalda de los oprimidos, el hambre y la explotación que fabrican ancianidades prematuras y prostituciones dolientes, llaman un día a la puerta de la sensibilidad de un hombre fuerte y justo; sus sueños de libertad se vuelven deseos vehementísimos; sus aspiraciones de mejoramiento social erectan sus energías convirtiendo en acción el idealismo, y ese individuo, temperamento preparado para las grandes luchas, se levanta como guerrero, apóstol o filósofo, a veces reuniendo a los tres en su persona, y brega, batalla, lucha con la fuerza del cerebro y del puño, hasta perecer o conquistar la victoria de su causa; perece o alcanza la victoria ayudado de otros hombres como él, determinados a las grandes luchas por los grandes ideales. Si lo primero, o pasa la sombra como un olvidado o el fetiquismo de las masas lo sienta en el ridículo pedestal de los ídolos. Si lo segundo, si sobrevive al triunfo, la admiración y el agradecimiento de las multitudes desvían sus tendencias justicieras, lo instituyen árbitro de los destinos públicos y acaban por transformarlo en glorioso tirano. La gratitud de los pueblos es la más fecunda creadora de despotismos. Malea los hombres buenos y abre el camino del poder a los ambiciosos.

Trabajadores recios, luchadores constantes y desinteresados socavan la base granítica de una fuerza que siembra el terror y la muerte sobre las llanadas que gimen a su pie; la mola cruje, se estremece; los

sillares se agrietan, la ruina del gigante se anuncia más y más próxima a cada golpe de zapa, va a caer, pero los cavadores de aquel cimiento están débiles, sus manos sangran, sus frentes chorrean sudor, la fatiga amenaza reventar sus pechos; detiénese un segundo para preparar el final impulso, el decisivo, el que abatirá al monstruo que vacila a la orilla de su tumba: es el momento propicio del oportunismo ambicioso; disfrazado de redentor y de héroe surge un hombre del montón de espectadores que se burlaron de aquella obra o la estorbaron cuanto pudieron antes de verla próxima a terminar y da el último picazo que le conquista la gratitud general, que hace de los escombros del viejo despotismo el trono del nuevo, que se encumbra con el libertador por cálculo político. Al calor de una libertad fugaz se forjan nuevas cadenas. Agustín de Iturbide es un ejemplo típico del REDENTOR oportunista.

En los dos casos: en el del hombre sincero que lucha por la satisfacción de sus propias aspiraciones de justicia, que busca la felicidad de él mismo en el bienestar de quienes lo rodean, y en el del individuo convertido en HEROE y SALVADOR, por mero oportunismo utilitario, la gratitud del pueblo es inmotivada y sin razón plausible que la justifique. Hay acciones merecedoras de estimación, pero no de agradecimiento. La gratitud nace de una suposición falsa, origen también de la inicua justicia autoritaria: la suposición del libre albedrío en los individuos. Y resulta inconveniente en sus manifestaciones, ocupando lugar principalísimo entre las causas de la esclavitud. Ella hace que las naciones paguen muchas veces una libertad ilusoria con la pérdida de sus derechos y libertades verdaderas, y que encaramen tontamente sobre sus hombros todavía llagados por el azote de un señor derribado, el poderío tiránico de sus libertadores, que desde ese momento dejan de serlo y asumen el papel de compradores de esclavos, no importa que la moneda con que hizo la transacción haya sido de sus padecimientos y su sangre.

Y lo que es la gratitud para los pueblos es también para los individuos: cuerda que ata más fuerte que la del temor y parálisis que hace desfallecer el brazo del derecho; mordaza en la boca de la justicia y barrera para la serena crítica, que es el génesis de todas las reformas.

La gratitud es una flor de servilismo: el libertario la rechaza porque tiene olores de ergástula.

La admiración que es una gran reclutadora de rebaños, ayuda a la gratitud, que es una gran forjadora de cadenas, a perpetuar los yugos.

Los pueblos no deben gratitud a sus libertadores, como no deben amor a sus tiranos.

IMPULSEMOS LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

Próximamente hará un año que Francisco Ferrer murió asesinado por los enemigos de la civilización en el interior del fuerte de Montjuich, en Barcelona. Las escuelas racionalistas fundadas por él cerraron sus puertas obedeciendo la imposición brutal del Gobierno español, y sus libros, fuentes de ideas y conocimientos sanos, ardieron en las hogueras encendidas por los seides fanáticos del error. Sólo pocos ejemplares se salvaron, y de ellos algunos permanecen guardados por nuestro cariño, esperando la posibilidad de hacer nuevas ediciones para dotar las escuelas obreras que ya empiezan a formarse a impulso y deseo de varios grupos de trabajadores mexicanos.

Cuando tuve noticia del crimen de Montjuich, me invadió un gran deseo de protestar, pero no en la forma declamatoria que a fuerza de tanto repetirse a cada atentado del despotismo se ha hecho inútil, pudiendo considerársele como el enfurecimiento de la espuma contra el granito, sino con algo que fuera en vez del verbo, de la protesta, la acción de ella. Propuse entonces a los trabajadores de raza mexicana el establecimiento de escuelas y la formación de pequeñas bibliotecas racionalistas, con nuestros propios elementos que son bien escasos, pero no del todo ineficaces para ir poco a poco desarrollando un sistema de educación libre para nuestros pequeños, y para nosotros mismos. Mi propuesta fué aceptada por algunos grupos que han estado trabajando para realizar la idea, luchando continuamente con las dificultades de la miseria y con la carencia de libros apropiados

para las escuelas, pues que, como es sabido, las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona fueron quemadas por mandato de los necios gobernantes españoles. Existen ya varias bibliotecas que cuentan con pocos, pero excelentes volúmenes, formadas colectivamente por grupos trabajadores de la Liga Panamericana, verdaderos centros de estudios sociales donde se discute el libro que se lee y se establece con el cambio de ideas la fraternidad sólida y duradera, producto de la desaparición de los viejos prejuicios que se ahogan en el nuevo ambiente: van cada día en progreso, aumentando el número de compañeros que las visitan y el de los libros que se compran por el que tiene posibilidad de hacerlo.

* Las escuelas, desgraciadamente no han podido establecerse completamente sobre el plan moderno: faltan libros y maestros.

Me ocurre un medio de resolver la cuestión ahora que se acerca el aniversario del asesinato de Ferrer, que muchos amigos de su obra piensan celebrar con manifestaciones de protesta y otros actos de simpatía. ¿Por qué no celebramos los trabajadores mexicanos ese aniversario haciendo un esfuerzo en pro de las escuelas modernas? Eso sería la mejor protesta, la más lógica, la más consciente, la más efectiva. No se necesitan ni gritos ni amenazas, simplemente acción, acción inmediata, constante, para que nuestra protesta llegue al corazón del despotismo y sea en él veneno saludable que le acorte los días. En muchos lugares de los Estados Unidos, los trabajadores mexicanos pagan lo que aquí se llama "school taxes," para que sus hijos reciban educación en las escuelas oficiales; en otros tienen escuelas propias donde se siguen métodos antiguos que perjudican más que instruyen a la niñez, y en otros, a pesar de ser numeroso el elemento mexicano, no hay escuela para sus niños, que son arrojados de los planteles blancos por no tener la piel descolorida. ¿Por qué no fundar y sostener escuelas nuestras donde aprendan los niños a ser buenos y libres al mismo tiempo que saborean los deleites de la

ciencia? Con lo mismo que se paga al Gobierno para escuelas que muy poco enseñan, lo que se gasta en las escuelas particulares establecidas con el antiguo régimen y si es necesario, con un pequeño sacrificio más, puede hacerse nueva edición de las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona, y traerse algunos educadores de los que la persecución ha hecho salir de España, y así quedarán vencidas las dos dificultades principales para el nacimiento de la enseñanza racionalista en América.

En Nueva York, el grupo Solidaridad Obrera y su órgano "Cultura Proletaria," trabajando con algunos intelectuales avanzados, tratan igualmente de hacer algo práctico, en idéntico sentido; pero, como nosotros, parece que no andan muy abundosos de recursos monetarios.

Bueno es que aquellos compañeros y los del Sur se pongan de acuerdo para hacer obra rápida y seria del propósito común.

Que nuestros afectos por Ferrer no degeneren en lirismos y fantasías de idólatras; su obra está en manos de los que amamos la libertad; continuándola, protestamos contra sus verdugos y herimos directamente al despotismo.

Que nuestros niños tengan el pan intelectual que vigoriza los cerebros y no la comida indigesta que los debilita.

La educación libre asegurará las victorias que obtenga la revolución armada.

Convirtamos en profecía cumplida la última exclamación del mártir de Montjuich. Hagamos vivir la Escuela Moderna.

¡PASO!

Del montón de nubes que arremolina el huracán entenebreciendo el cielo, sale la espada flamígera que esgrime invisible brazo y con zigs-zags deslumbradores escribe en la página rugiente de los negros vapores la palabra ¡PASO! Cuanto más densa es la sombra, más resplandece el brillo de esa espada.

Del turbión de odios que nos cercan; del negro seno de las tempestades que la tiranía desencadena en torno de nuestras frentes, sale la espada invulnerable de la Idea y escribe con los relámpagos del verbo, en las entrañas mismas de las tinieblas, cuartillas de honor al grito inextinguible: ¡PASO!

Caminamos sin desfallecer hacia la cima; hallamos obstáculos; las rocas no nos detienen; si encontramos abismos que nos cortan la marcha, echamos sobre ellos, como un puente, la palabra ¡Paso!, y pasamos. En medio de siniestra selva de puñales, aportando malezas; saltando del campo al taller, del calabozo a la tumba, del colegio al cuartel; flagelando al apretado ejército de traidores y espías, echamos pio adelante diciendo: ¡Paso! Nuestro avance no se estaciona a contemplar las toscas paredes que oprimen a nuestros hermanos; el espíritu indomable de ellos ha quebrantado los cerrojos y cruzado los cuerpos de guardia; ha dicho desdeñosamente a los centinelas: ¡Paso! y ha seguido a nuestro lado la ruta del porvenir.

Hombres quiméricos, arrojados por criminal acaso a la cumbre del poder, torpes sonámbulos, ¿qué no sentís la gestación del fuego? La montaña os lanzará al abismo cuando explote rugiente: ¡Paso!

Del fondo del antiguo cofre que guarda las históricas y queridas reliquias, se ha sacado una: manos bellas y delicadas van a ceñirla al bizarro busto del guerrillero: la blusa roja, terror de los galones, dice a los pretorianos: ¡Paso!

El viejo sable de Ayutla y la Reforma (1) salta impaciente en la enmohecida vaina.... ¡Paso! a las armas heroicas de las luchas redentoras.

Llegamos con el corazón sereno a la puerta de la muerte gloriosa y llamamos con el puño del acero exclamando: ¡Paso!

(1) Como una demostración de nuestra completa imparcialidad y sólo con el sano propósito de dar a conocer el rápido proceso evolutivo que iban sufriendo las ideas en el privilegiado cerebro de aquel profundo pensador, Praxedis G. Guerrero, reproducimos este bello artículo literario: "¡Paso!", publicado por aquel gran guerrillero en "Revolución," de Los Angeles, California, durante el año de 1907, dos años antes de haber escrito sus bellos artículos y pensamientos publicados en "Punto Rojo" y "Regeneración."—Nota del Grupo Editor.

ODIOS VILES

Las olas del mar se encrespan para besar las nubes, las furias de los protervos burbujan para escupir lo que está por cima de sus bajezas.

La conciencia de los déspotas, sucia charca, remeda pobremente las turbulencias del océano.

Las ondas amargas y profundas del líquido abismo abren inmensa tumba a los hombres y a las naves, sus endebles juguetes. El revuelto cieno de las almas viles de los tiranos quiere convertir su seno en estrecho sepulcro para lo que es tan grande como el infinito, el pensamiento libre, el verbo rebelde, la verdad, la justicia, la libertad; pero lo mezquino, lo ruin, lo infame, no tendrá nunca magnitudes de vorágine.

El hervor del pantano no usurpará el vértigo del torbellino.

El miasma que emponzoña no será nunca la nube incubadora de centellas.

Díaz, y sus hermanos de crímenes, aunque sientan cóleras de infierno, siempre serán charcas y sólo producirán burbujas.

Las víboras, aunque escalen la montaña, siempre se arrastran para llegar a quien piensan morder.

Díaz y sus cómplices, en la cumbre de su poder omnímodo, no caminan más alto que los demás reptiles. Jamás, como el águila, caerán de lo alto sobre el enemigo: siempre escondidos en espeso matorral, esperan un pie desnudo para morderle, espían el sueño de la víctima para cuedársele al cuello. Odios viles fermentan en sus malvados pechos.

Odios viles nos combaten.

Estamos, no en el cubil del tigre, sino en el nidal

del crótalo. Luchar con tigres sería hermoso. Machacar sierpes es repugnante.

El vaho de los pantanos ambiciona llegar a nuestros pulmones. Los anillos del oxímaco sueñan con nuestra garganta.

Los odios vilés se deslizan en torno de nuestra puerta.

DULCE PAZ

¿Es la vida tan amable y la paz tan dulce, tanto que deban ser compradas al precio de cadenas y esclavitud?

PATRICK HENRY

La Prensa de México habla de sucesos sangrientos ocurridos en la celebración del Centenario. Refiere disolución de manifestaciones pacíficas a caballazos, encarcelamientos en masa, asesinatos de hombres indefensos y mujeres inermes, niños errando por los bosques, llenos de hambre y de temor; casas abandonadas, frías, desiertas, porque en ellas ha penetrado la terrible escoba del terror oficial; bandas rurales entrando a los pueblos sorprendidos al galope de sus caballos disparando sus armas sobre el tendero que se hallaba tranquilamente a la puerta de su tienda, sobre la pobre fondista que aguardaba parroquianos, sobre todo el que no tuvo tiempo de ocultarse al escuchar el tropel de los asesinos; cuerpos destigurados a machetazos y abandonados en las alcobas asaltadas a media noche por los esbirros; mujeres poniendo en huida vergonzosa, con las piedras arrancadas del camino, a los soldados del tirano, que se alejan para vengar su derrota en el primer viandante que tiene la desgracia de tropezar con ellos; el cuerpo de una mujer clareado por las balas, sirviendo de alimento a los perros trashámbridos y vagabundos.... Todo en pleno Centenario de la Independencia.

La policía de la Capital pisotea a los manifestantes, golpea con sus sabies todo lo que tiene delante, no importa el sexo ni la edad; arrea a la cárcel a mujeres y hombres, rechaza brutalmente fuera de los lugares aristocráticos al pueblo harapiento. La solda-

desca de Tlaxcala siembra la muerte y la desolación, sacrificando en la matanza a hombres, a mujeres y a niños.

Ya no es México esa porción de tierra que limitan el Bravo y el Suchiate; es la Compañía de los Borgia, escarbada y convertida en lodazales rojizos y hediondos. México ha tenido brutales tiranos que han vendido sus territorios; que han fusilado en tiempo de guerra a los filósofos y a los pensadores; que han sacrificado a médicos y heridos en los hospitales; que han robado, encarcelado, matado sin freno, pero ninguno como el despotismo actual se ha caracterizado como verdugo de niños y mujeres.

Los sacerdotes de la Paz Servil tendieron sus impuras manos sobre las multitudes, e hicieron que las frentes se envilecieran en el polvo de la sumisión y las rodillas, trémulas de cobardía, se hincaran en la tierra prostituida por el crimen. La barbarie paseó altanera y engreída su bandera de exterminio sobre el rebaño mustio. Todo se sacrificó en aras del mito: dignidad, derechos, libertad, el pan de los hijos, la castidad de las mujeres, la conciencia humana, el porvenir de la raza, el recuerdo de los antepasados indómitos y batalladores, el pensamiento, motor y riel para el progreso y la civilización. El culto nacional tuvo un altar inmenso, y el ídolo, groseramente pintarrajeado, exigió a millares las víctimas, ya no cogidas como antaño en los campos de batalla, sino en los talleres, en las minas, en las fábricas, en las haciendas, en el rincón de las cabañas. El canto de las nuevas liturgias es la combinación de siniestros ruidos que se anudan unos a otros en el extremo de sus ecos; la plegaria, el lamento, el silbido del látigo, el crugimiento de los huesos triturados por la herradura de los caballos, el rechinar de las puertas de los presidios, la maldición del sicario, la caída de los cuerpos en las aguas del mar, el chisporroteo de las rancherías incendiadas, el paso cauteloso del espía, el cuchicheo del denunciante, la risa del cortesano, el clamor de la adula-

ción, el lloro de los pequeñuelos y el murmullo monótono de oraciones estúpidas.....

Paz dulce, paz divina. Adoremos la paz. Conserve-mos la paz a precio de la tranquilidad, de los afectos más queridos y aun de la misma vida, han sido las palabras que abyectos labios han pronunciado sin cesar al oído del pueblo sacrificado, ensordeciéndolo, destruyéndolo para que no escuche la voz del rebelde iconoclasta que rasga el espacio buscando oídos viriles. Gimió Cananea con la afrenta, el asesinato y el robo; gritó Acayuecan con épico y desafiador acento; apostrofó Río Blanco en el martirio; rugieron Viesca, Las Vacas y Palomas; hablaron Tehuiztzingo, Tepames y Velardeña, Ulúa y Belén bostezaron como bestias ahitas; el Yaqui lanzó alaridos de agonía; el Valle Nacional se irguió como un espectro sangriento; Valladolid levantó trágicamente el puño y... el pasivismo nacional permaneció de rodillas. Niños y mujeres perecieron en Sonora; niños y mujeres han muerto en Veracruz y Tlaxcala; niños y mujeres, sangrantes las espaldas, entristecidos los rostros, enflaquecidos los miembros viven esclavos y prisioneros en Yucatán y las Islas Marías, y..... tenemos paz, dulce paz, divina paz, comprada con el martirio de los seres que defender debíamos con nuestras vidas que son una vergüenza en la esclavitud.

ALGO MAS

La disculpa de algunos resignados desaparece.

El relativo bienestar económico, con el cual se satisficían las raquíticas aspiraciones de mejoramiento de algunos trabajadores mexicanos emigrados, huyó de sus hogares, burlando sus esperanzas de sometidos.

Ya no es la exclusión de los niños mexicanos de las escuelas "blancas" contra la cual ha protestado apenas una minoría digna.

Ya no es el insultante "No Mexican Allowed" —No se admiten mexicanos— que abofetea la vista de nuestros nacionales en algunas tiendas y otros establecimientos públicos de Texas.

Ya no es el "Mexican Keep Away" —los mexicanos deben alejarse— que ha tenido a nuestros nacionales estupefactos en las orillas de ciertos pueblos de la frontera norteamericana.

Ya no es el ultraje violento de la turba racista y de la policía abusiva que ebrias del salvaje espíritu Lynch, han ensangrentado sus manos con seres inocentes e indefensos.

Ya no es tan sólo eso. La última ilusión se va....

La amarga ración de pan se acorta. Los bocados que hacían llevadera la vejación y el desdén, se reducen considerablemente, augurando la vuelta del peonaje, lleno de privaciones y miserias que desertaron de México.

La situación se hace insoportable y no podría ser de otra manera, puesto que los burgueses de aquí saben que una gran cantidad de proletarios mexicanos, al tocar esta tierra, se plegan sin protesta a las condiciones que les imponen los explotadores, contem-

tándose con ser los primeros en las fatigas y los últimos en la recompensa.

Pero la triste disculpa de nuestros resignados no existe ya. La miseria, el hambre y el atropello están en México. La vergüenza, la humillación y el hambre están aquí. Son las compañeras universales de los impotentes. ¿A dónde irá el pasivo, el sometido, el resiguado, que no lo escupan y lo roben? Ahora que ya no existe esa ruin disculpa de la pitanza asegurada, ¿seguiréis a los que luchan por hacer que la humanidad coma un pan que no amase la ignominia? ¿Continuaréis poniendo los músculos faltos de nutrición al servicio de los esclavistas, en vez de venir con vuestras ferezas a precipitar la desaparición de los males comunes?

Si los ideales no han podido arrancar del rebañismo a ciertos hombres, hay que esperar algo más del rudo estrujón que hoy los coloca en medio de dos hambres.

LOS CONSEJOS DEL AMIGO

Desde que "El Imparcial" empezó a comprender que es imposible evitar que el proletariado de México perciba el movimiento obrero del mundo y se identifique a él, abandonó su actitud desdeñosa y se convirtió en amigo y mentor de los que tanto ha despreciado y robado en compañía de la Dictadura. Editorial tras editorial viene la amarillenta hoja de los científicos tratando de los asuntos obreros con aparente seguridad, para dar a los de México la orientación que conviene a los intereses del Gobierno y la burguesía; pero mal disimula sus inquietudes cuando dice: "problema que nosotros vemos a distancia, pero que no deja de interesarnos por su aspecto pavoroso e indudable trascendencia." —Problema pavoroso,—sí que lo es para los engreídos explotadores el problema obrero, cuya solución se aproxima con la abolición de los privilegios, al paso que la huelga general revolucionaria gana terreno en Europa y en América.

Aconseja a los trabajadores la amarilla hoja que paga Porfirio Díaz, con el dinero que roba: nada más que sus consejos tienen la encantadora cualidad de sugerir la idea contraria del objeto con que son escritos sus editoriales, verdaderas carabinas de Ambrosio más eficientes que si las hubiera reformado Mondragón. Menos ingenioso que aquel pillo Menonio Agripa, que contó a los primeros huelguistas romanos el apólogo del cuerpo en que el estómago eran los patricios y los brazos y las piernas los plebeyos que debían trabajar para alimentar el estómago que les pagaba el servicio elaborando sangre para ellos, ase-

gura que quienes padecen con la huelga general no son los ricos, que tienen automóviles y pueden ir y venir cuando y por donde les plazca y comer como de ordinario porque tienen almacenes bien surtidos, sino los trabajadores que no pueden cambiar de lugar en busca de otro amo que los explote, ni pueden satisfacer el hambre porque no tienen almacenes ni reservas de ninguna clase. Cree hallar en esto un argumento efectista de peso, capaz de hacer desfallecer de desesperanza y miedo a los trabajadores, ¿para qué hacer huelgas si los amos sólo se ríen de nuestra negativa a trabajar, puesto que nosotros somos los únicos perjudicados? Sabiduría imparcialísima, ignorante del alcance de sus amistosos consejos.

Los amos tienen almacenes con todo lo necesario para vivir largo tiempo, hasta que los esclavos diezmados por el hambre vuelvan a reanudar sus tareas para llevar a los almacenes lo que sus amos han consumido durante el paro; los amos tienen automóviles para ir adonde les plazca y dejar a sus siervos desobedientes con un palmo de narices en la disyuntiva de reventar de hambre en pocas horas o de reventar de fatiga en algunos días; los amos se ríen de las huelgas porque el mayor daño que pueden recibir es paralizar el aumento de sus riquezas por un cierto tiempo, para resarcirse con creces al volver sus explotados, arrepentidos y escarmentados; los amos son invulnerables a la miserable arma de la huelga. Bueno. Lo primero que piensa cualquier trabajador que tenga el mal gusto de leer los consejos amistosos de "El Imparcial," es una cosa sencillísima. Si las huelgas son contraproducentes para los obreros, si los ricos ríen de la imbecilidad de los esclavos que se condenan voluntariamente al hambre extrema para pedir una mejora en las condiciones de trabajo, es porque al declararse en huelga dejan, tan generosa como tontamente, todo lo que han producido en manos de los explotadores; los ricos no se reírían de la huelga, ni los trabajadores se rendirían vergonzosamente por hambre si éstos acompañaran al paro la toma de posesión

de los almacenes, las fábricas, las minas y las tierras, llenos los unos por su trabajo, productivas las otras por su trabajo también; todo debido a su esfuerzo.

Tiene razón la hoja amarilla de los científicos en condenar la huelga pacífica, rebelión incompleta de resultados nulos o adversos; la huelga pasiva causa risa a los burgueses y es contraria a los intereses de los trabajadores, porque no arrebató a los detentadores del trabajo los medios de subsistencia y producción que pertenecen al trabajador.

BLANCOS, BLANCOS.

Quemaron vivo a un hombre.

¿Dónde?

En la nación modelo, en la tierra de la libertad, en el hogar de los bravos, en el pedazo de suelo que todavía no sale la sombra proyectada por la horea de John Brown: en los Estados Unidos, en un pueblo de Texas, llamado Rock Springs.

¿Cuándo?

Hoy, en el año décimo del siglo. En la época de los aeroplanos y los dirigibles, de la telegrafía inalámbrica, de las maravillosas rotativas, de los congresos de paz, de las sociedades humanitarias y animalitarias.

¿Quiénes?

Una multitud de "hombres" blancos, para usar del nombre que ellos gustan; "hombres" blancos, blancos, blancos.

Quienes quemaron vivo a ese hombre no fueron hordas de caníbales, no fueron negros del Africa Ecuatorial, no fueron salvajes de la Malasia, no fueron inquisidores españoles, no fueron apaches de pieles rojas, ni abisinios, no fueron bárbaros escitas, ni trogloditas, ni analfabetos desnudos habitantes de las selvas: fueron descendientes de Washington, de Lincoln, de Franklin; fué una muchedumbre bien vestida, educada, orgullosa de sus virtudes, civilizada: fueron ciudadanos y "hombres" blancos de los Estados Unidos.

Progreso, Civilización, Cultura, Humanitarismo. Mentiras hechas pavesas sobre los huesos calcinados de Antonio Rodríguez. Fantasías muertas de asfixia en el humo pestilente de la hoguera de Rock Springs.

Hay escuelas en cada pueblo y en cada ranchería de Texas; por esas escuelas pasaron cuando niños los

"hombres" de la multitud linchadora, en ellas se moldeó su intelecto; de ahí salieron para acercar tizones a la carne de un hombre vivo y decir días después del atentado que han hecho bien, que han obrado justificadamente.

Escuelas que educan a los hombres para lanzarlos más allá de donde están las fieras.

NOTA.—Antonio Rodríguez fué amarrado de un poste, bañado en petróleo y quemado vivo por una turba de salvajes texanos, el día 3 de noviembre de 1910.

PUNTOS ROJOS

La libertad no se alcanza llevando puesto el freno de la legalidad. Cada libertador ha sido un ilegal; cada progreso de la civilización un atentado contra las leyes consagradas por el conservatismo enemigo del adelanto.

Respetad el orden existente, someteos a las leyes que las hacen inviolables para los cobardes, y seréis eternamente esclavos.

Sembrad una pequeña simiente de rebeldía, y determinaréis una cosecha de libertades.

La tiranía no es el crimen de los déspotas contra los pueblos; es el crimen de las colectividades contra ellas mismas.

Proletario, ¿qué es tu vida que la amas tanto, que la cuidas del viento revolucionario y la metes gustoso en el molino de la explotación?

Para luchar por la libertad no hacen falta odios; sin odio se abren los túneles, sin odio se ponen diques a los ríos, sin odio se hiere la tierra para sembrar el grano, sin odio puede aniquilarse a los despotismos, puede llegarse a la acción más violenta cuando sea necesaria para la emancipación humana.

La pasividad y la mansedumbre no implican bondad, como la rebeldía no significa salvajismo.

Vengan los horrores de la represión; el miedo se acaba, la rebeldía contestará con la acción.

Para cuando se formalice, exclaman los que tienen el delirio del fracaso; para cuando sea una cosa segura, haré esto y aquello. Y se quedan tan frescos haciendo el papel de críticos de los que luchan, esperando que los trabajos por alcanzar la libertad se formalicen, de tal manera que ya no tengan otra cosa que hacer que abrir la boca para saborearla.

Son esfuerzos inútiles. Son sacrificios estériles. No os mováis. Quietos. Eso es; así estáis bien, bípedos amaestrados; comed vuestras amarguras con el pan de la mansedumbre, que al fin no moriréis de hartos.

Las multitudes siguen con más facilidad a los ambiciosos que las sacrifican, que a los principios que las emancipan.

La tiranía es el mejor propagandista de la rebelión; facilita el campo a los organizadores.

La palabra, como medio para unificar las tendencias. La acción, como medio para establecer los principios en la vida práctica.

El derecho a vivir es el primero de todos los derechos. Para apreciarlo y defenderlo basta la jurisprudencia de la propia conciencia.

La libertad no es la prerrogativa de escoger un amo; es la imposibilidad del amo.

¿Qué, tenéis miedo? Y bien, ¿acaso hay hombre que no lo tenga? Lo que se necesita es hacerse superior a él, y no ponerlo sobre nosotros como el primer déspota.

Amar la vida cuando se sacrifica diariamente para satisfacer la avaricia, el orgullo y la lujuria de los déspotas, es el más necio de los amores.

Es muy fácil suplantar un ídolo en la conciencia de los idólatras; no así destruir la idolatría. Por eso los suplantadores tienen mejor suerte que los reformadores.

La pereza se contenta con ser agraciada; si cada quien pusiera su parte en la conquista de la libertad general, nadie tendría la vergüenza de agradecer.

Hay gentes que se creen humilladas si no devuelven la copa que les ofrece el vecino o el amigo, y aceptan sin ruborizarse el bienestar y la libertad que otros preparan sacrificando hasta la vida.

Cuando los productores comprendan mejor sus intereses y declaren el estado de sitio general para los explotadores, serán éstos los impotentes para romperlo.

El acaparamiento de las tierras por unos cuantos, el monopolio de los artículos necesarios para la vida, la tiranía, la ignorancia, la cobardía, la infame explotación del hombre por el hombre, son las fuentes de la riqueza burguesa, son las de la miseria proletaria.

Hay gentes que son humanitarias en extremo cuando se trata de una revolución que beneficie al pueblo, pero que olvidan todo escrúpulo cuando se trata de una guerra que sirve a sus ambiciones.

"Tenemos hambre y sed de justicia," se oye por todas partes; pero ¿cuántos de esos hambrientos se atreven a tomar el pan, y cuántos de esos sedientos se arriesgan a beber el agua que está en el camino de la revolución?

Si os parece que andando no llegáis a la libertad, corred entonces.

Si no podéis ser espada, sed relámpago.

Vivir para ser libres, o morir para dejar de ser esclavos.

En los tiempos que corren, se humaniza cuando se cambia el instrumento de tortura.

La pequeñez aparente del astro se debe a la debilidad de nuestra vida.

La justicia no se compra ni se pide de limosna; si no existe, se hace.

Los triunfos morales no bastan para emancipar a un pueblo, como las comidas espirituales no alimentan ningún cuerpo.

Los mismos que condenan como desleales a los obreros que se rebelan contra los amos y que piden cárcel para los que cometen algún pequeño robo, moralizan a la sociedad ofreciendo premios a los delatores y a los traidores.

Habláis de amor a los hijos mientras vuestra pasividad les prepara una vida de esclavitud. Algún día ellos bendecirán vuestro amor, cuando se vean tratados como bestias.

Para algunos espíritus sensibles, es más doloroso y bárbaro que perezcan mil hombres en la revolución, que vivan y mueran millones de hombres, mujeres y niños en las cárceles y en la explotación.

El látigo que un día azota la espalda de un compañero, puede otro día despellear la nuestra.

La "solidaridad" con los demás, es la protección de nosotros mismos.

Por la fisonomía del tirano se saca la filiación del pueblo que le obedece.

Hacer mil esfuerzos diarios para beneficio de un holgazán, es obrar cuerdamente; hacer uno solo en la vida para contribuir al bienestar general, es una locura.

Es la época de los juramentos: los esbirros juran; los periódicos juran; a los niños se les hace jurar también; pero como decía Esquilo: el hombre es el que nos hace creer el juramento y no el juramento al hombre.

Donde se usa el juramento es donde se abusa de la mentira.

¿Quién es más responsable: el tirano que oprime al pueblo, o el pueblo que lo produjo?

La revolución, con todo y sus violencias, acabará con la posibilidad de las guerras.

Hay muchos impacientes por la hora de la libertad; pero ¿cuántos trabajan por acercarla?

Todavía la Naturaleza no produce árboles que den fruto de justicia y de bienestar. Sembremos y cultívemos.

Acompañad la acción al deseo, y tendréis probabilidades ciertas de satisfacerlo.

Un individuo manso podrá ser mártir, pero nunca libertador.

¡TIERRA!, fué el grito que salvó a Colón. ¡TIERRA! es el grito que salvará a los esclavos del capital.

Más vale morir de pie que vivir de rodillas.

La protesta contra la quema de un hombre vivo, no pertenece a una nacionalidad: es de todo el género humano.

La brutalidad de los castigos, si acaso los hay, no detendrá los brutales linchamientos: se necesita civilización verdadera, establecida con la educación racional.

Está de moda en los partidos personalistas llamarse partidos del porvenir, y sin quererlo profetizan; tienen partido el porvenir, porque cada día son menos los que pasan las ruedas de molino.

Hay un freno para la impaciencia nuestra: la actividad sin tregua.

Algunos periódicos independientes aseguran que nuestro bien disciplinado ejército, no es capaz de olvidar sus deberes para entrar en complots libertadores. Niego: hay muchos oficiales y generales que se mezclan en ellos para traicionarlos, y dar lustre a sus méritos militares.

Revolucionarios: somos la máquina del reloj; si estamos siempre de acuerdo y nos damos prisa en marchar, temprano fijaremos en la carátula de los tiempos la hora bella y sonriente de la emancipación.

La organización obrera entre los compañeros españoles está progresando rápidamente, á despecho del fanatismo y los estados de sitio. Pronto, la España trabajadora, la España libre, será más grande que la España conquistadora.

Hay que trabajar, trabajar duro y constante para que terminen los horrores de la paz, que tanto aman los corderos y sus pastores.

Si sentís deseos de inclinaros ante un déspota, hacedlo; pero levantad una piedra para terminar dignamente el saludo.

Matarse por un candidato es una tontería. ¿Comprenderán esto los que quieren solamente cambiar de amos?

Derechos escritos, nada más escritos, son burlas al pueblo, momificadas en las constituciones.

Instruir al cerebro es hacer efectivo el golpe del brazo; armar el brazo es dar fuerza a las concepciones del cerebro.

La libertad no es diosa que pide adoración, ni hada que regala dones a quienes la invocan con palabras melosas: es una necesidad que los seres dignos y conscientes procuran satisfacer poniendo en juego el cerebro y el músculo.

La unión para obedecer y respetar a los verdugos, ha traído a los hombres la opresión y la miseria; la unión en la desobediencia y en la acción irrespetuosa, dará a los esclavos el pan y la libertad.

¿Que no podéis ser leones? Bueno. Sed simplemente hombres.

¿Teméis a la revolución? Renunciad a la injusticia y el miedo se acabará en vosotros.

Imaginos un tigre, un lobo, una fiera cualquiera rabiosa o hambrienta, atacando a vuestros compañeros y amenazando vuestra propia vida. Supongo en vosotros algunos sentimientos humanitarios, cierto valor y serenidad de ánimo, y a vuestro alcance un arma. ¿Qué haríais para evitar los daños de la fiera? ¿Escogeríais la súplica, la prédica moralizadora, la amenaza con los juicios de la historia; argumentos incomprensibles para la bestia, o tomaríais el arma que mata; argumento lógico, efectivo, para la violencia que ciegamente mata y devora?

Una causa no triunfa por su bondad y su justicia; triunfa por el esfuerzo de sus adeptos.

Detrás de la religión está la tiranía; detrás del ateísmo, la libertad.

Hay individuos que se habilitan a la vida de las cárceles; será cosa extraña, en esta sociedad de la desigualdad consagrada, ver esclavos encariñados con el látigo de sus amos?

Un grupo de hombres tiene que levantar un peso que a todos interesa cambiar, pero la mayor parte abandonan la tarea; se marchan, riendo y murmurando de la poca fuerza de los que quedaron en su puesto con la sobrecarga de lo que tocaba a los otros levantar. La falta nuestra, la culpa ajena.

Muchos "hombres" dicen que aman a una mujer cuando se desborda en ellos el sentimiento del propietario.

Maldecid a los descontentos, vosotros los que amáis la estabilidad del hongo; el descontento es el nervio más poderoso del progreso.

Puede haber agua sin peces y pueblos sin tiranos; pero no puede haber peces sin agua ni tiranos sin pueblos.

Cread un ídolo y os pondréis un yugo.

Los trabajadores no tenemos necesidad de amistades piadosas que nos ofrezcan la salvación a cambio de una presidencia o una dictadura benígnas y paternales; queremos compañeros que luchen con nosotros, conscientes de sus intereses.

Hay muchos rateros en México. Hay gentes tan depravadas que roban hasta la insignificancia de un pambazo cuando podrían darse el lujo de morir de hambre.....

Por buena suerte para los satisfechos, en México hay justicia que envía a los niños hambrientos de la capital al presidio del Pacífico para gastar, sin remordimiento, algunos millones en divertirse.

Los estudiantes argentinos, reunidos en turba de fanáticos, destruyendo las bibliotecas y periódicos obreros de Buenos Aires, han erigido el mejor monumento a la enseñanza burguesa, cultivadora de las pasiones del bruto.

Alfonso, el asesino de Montjuich, le ha enviado a Porfirio Díaz, el carnicero de Río Blanco, el Gran Collar de Carlos III, que usó el difunto Eduardo VII. Según los heraldos de la Corte, el tal collar es un tesoro de arte y de honores: trae la inscripción latina: "Virtuti et Meriti."

La revolución, que también sabe premiar la virtud y el mérito, prepara otro collar para el Héroe de la Paz, hecho de materiales indígenas: un collar de ixtle. ¿Cuál sentará mejor al augusto cuello?

Según "El Imparcial," las fuentes de la miseria son la embriaguez, la intemperancia, la ausencia del ahorro, el mitin subversivo, los paros y el matrimonio prematuro.

Nuestros aristócratas son borrachos, intemperantes, dilapidadores, amigos de juergas colosales, huelguistas eternos y muy jóvenes, tienen tres o cuatro mujeres en vez de una; beben abundantemente en las fuentes imparciales y, sin embargo, no viven en la miseria.

Este mundo es "un valle de lágrimas," o mejor dicho, un Teamole perpetuo para ciertos chicos de la Prensa.

Es . . .uerdo sacrificarlo todo y perecer como una miserable rata para enriquecer a los amos, que arriesgar la vida para alcanzar la libertad y con ella el bienestar cierto. ¿No es así, sensatos pasivos?

INDICE

	Págs.
Praxedis G. Guerrero.	5
Introducción.	7
Una Carta de Ricardo Flores Magón.	11
Praxedis G. Guerrero ha muerto.	14
Praxedis G. Guerrero.	18
Obscuridades.	23
Escuchad.	24
Sopla.	25
Soy la Acción.	28
Episodios Revolucionarios.	29
Las Revolucionarias.	49
Púgil.	54
El Objeto de la Revolución.	53
El Medio y el Fin.	56
El Argumento de Filogonjo.	58
La Mujer.	63
Trabajando.	70
El Interés Verdadero del Burgnés y del Proletario.	74
La Inconveniencia de la Gratitud.	77
Impulsemos la Enseñanza Racionalista.	80
¡Paso!	82
Odios Viles.	85
Dulce Paz.	87
Algo Más.	90
Los Consejos del Amigo.	92
Blancos, Blancos.	95
Puntos Rojos.	97

PUBLICACIONES DEL GRUPO CULTURAL

"RICARDO FLORES MAGÓN"

POR LA LIBERTAD DE RICARDO FLORES MAGÓN Y COMPAÑE-
 ROS, PRESOS EN ESTADOS UNIDOS DEL NORTE..... \$ 0.50
 NÚMENES REBELDES (agotado).
 VIDA NUEVA (agotado).
 ABRIENDO SURCO (agotado).

OBRAS RELACIONADAS CON LA SERIE "RICARDO FLORES MAGÓN: VIDA Y OBRA"

SEMILLA LIBERTARIA: Heterogénea recopilación de artículos de
 orientación libertaria. Dos tomos, a 50 centavos cada
 uno, pudiéndose pedir separadamente..... \$ 1.00
 SEMBRANDO IDEAS: Historietas relacionadas con las condi-
 ciones sociales de México 0.30
 TIERRA Y LIBERTAD: Drama revolucionario y de actualidad. 0.25
 VERDUGOS Y VÍCTIMAS. Drama revolucionario y de actuali-
 dad 0.30
 RAYOS DE LUZ: Diálogos relacionados con las condiciones
 sociales de México..... 0.30
 EPISTOLARIO REVOLUCIONARIO E ÍNTIMO. Tres tomos, a 30
 centavos cada uno, pudiéndose pedir separadamente... 0.90

PRAXEDIS G. GUERRERO: Artículos literarios y de combate;
 pensamientos, crónicas revolucionarias, etc..... \$ 0.50
 MIGUEL A. BAKUNIN: Esbozo biográfico, por Max Nathan. 0.15
 LOS ANARQUISTAS Y LA REACCIÓN CONTEMPORÁNEA, por Die-
 go Abad de Santillán..... 0.15
 MARX Y EL ANARQUISMO, por Rodolfo Rocker. 0.10

EN PRENSA:

RICARDO FLORES MAGÓN. APÓSTOL DE LA REVOLUCIÓN SO-
 CIAL MEXICANA, por Diego Abad de Santillán.
 TRIBUNA ROJA, por Ricardo Flores Magón

Toda correspondencia a nombre de N. T. Bernal.
 Apartado postal núm. 1563, México, D. F.

ARTISTAS Y REBELDES

Escritos literarios y sociales por RODOLFO ROCKER.

Traducción de Salomón Resnick.

Magnífico libro, en el que el autor recoge con mano maestra sus impresiones sobre un escogido número de los más grandes cultores de la Belleza y de los más apasionados amantes de la Libertad que vivieron en las últimas generaciones. Claros e intensos, estos ensayos desarrollan el panorama que del mundo y de la vida se ha formado uno de los más conocidos agitadores contemporáneos del anarquismo. Todas sus páginas están saturadas de una simple comprensión de los hombres y de un sincero amor a la Humanidad.

SUMARIO: Augusto Strindberg.—Edgardo A. Poe.—Oscar Wilde.—Gustavo Adolfo Bécquer.—Multatuli.—Tolstoi, profeta de una nueva era.—Carlos Fourier.—Marx y el anarquismo.—Pedro José Proudhon.—Guillermo Marr y la joven Alemania.—Vida de Bakunin.—Tres escritos sobre la personalidad de Kropotkin (I. Kropotkin, el hombre. II. Kropotkin y el proletariado judío. III. Kropotkin, el pensador anarquista).—Fermín Salvochea.—Pedro Gori.—Luisa Michel.—Don Quijote.—Socialdemocracia y anarquismo.

Un volumen de 312 páginas, traducción esmerada y presentación muy cuidadosa, con una biografía del autor y un dibujo a lápiz de Rodolfo Rocker, hecho especialmente por el pintor B. Nemirovski.

Edición popular, \$1.80.—Edición especial, \$2.50

mente con la vuelta al Capitalismo de Estado—que el libro de Fabbri es algo más que un resumen final de aquella vasta polémica: entraña un juicio global de la obra realizada por la Revolución rusa, un análisis completo de su grandeza y fracaso a la luz de la interpretación anárquica de la Historia.

Nuestra edición castellana contiene, además, una introducción escrita recientemente por Fabbri, una completa bibliografía de obras relacionadas con los últimos movimientos sociales y un Prólogo especial de Enrique Malatesta, que es, a no dudarlo, grandemente apreciado.

Así completado, el libro aparece animando a la EDITORIAL ARGONAUTA del propósito de asegurarle la máxima difusión posible. Simultánea o posteriormente a su publicación castellana, y siguiendo el nuevo texto, aparece con versiones al francés, ruso, alemán, etc., de esta obra destinada a adquirir, con el correr de los años, un valor clásico en la apreciación libertaria de la "dictadura del proletariado," la gran tragedia de la Revolución rusa.

Edición popular..... \$ 2.00

Edición especial..... 2.50

Pedidos a la Editorial "Argonauta," Casilla 1989, Buenos Aires, Argentina, o a N. T. BERNAL, Apartado postal 1563, México, D. F.

ERRICO MALATESTA

LA VIDA DE UN ANARQUISTA

Por Max Nettlau. - Un tomo en 8^o, de 268 páginas. \$ 1.20

Edición especial, papel pluma..... 2.00

Pedidos a la Editorial "La Protesta," Perú, 1537, Buenos Aires, Argentina, o a N. T. Bernal, Apartado postal número 1563, México, D. F.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA

Q. 972.08 G93A1 C001

Artículos literarios y de combate pensa



3 0112 089751207